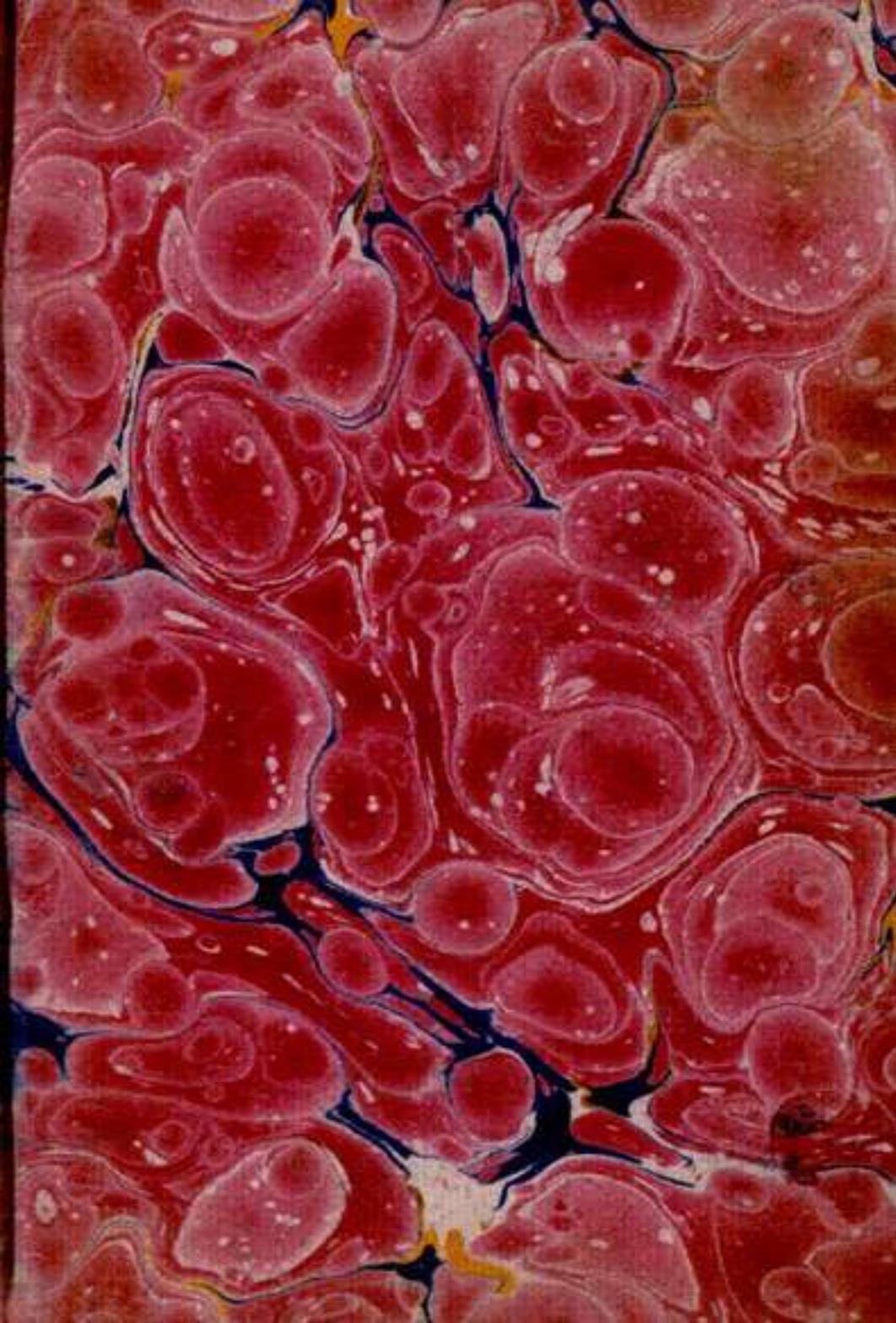


TALLER DE ENCUADERNACION
de la Libreria Moderna de Contrastin
calle de Algarbe y Arlaban. Jerez.



~~10~~
M

104

198

1841

CALIXTA,

NOVELA ORIGINAL,

POR

Pascual Poesgo.



HABANA:

—
IMPRENTA DE D. RAMON OLIVA.

1844.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

General Catalogue



UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY DIVISION

1911

L.

EN una noche del mes de enero del año de 1810, estaban espléndidamente iluminados los salones del comerciante mas fuerte de una de las capitales mas populosas de España. Era Don Enrique V.... generalmente querido y respetado de las clases menesterosas a quienes socorría continuamente, y les proporcionaba trabajo, ya en sus almacenes, ya en la carga y descarga de sus buques; por eso le amaban y respetaban como a un padre, y al mismo tiempo que su honradez y buen corazon le hacian ser querido de los pobres, sus cuantiosas riquezas, su lujo, las comidas, los bailes y grandes tertulias que se verificaban continuamente en sus brillantes salones, le habian grangeado la amistad ó conocimiento de cuantas personas existian ó llegaban a la ciudad, porque se tenia cierta satisfaccion, cierto orgullo en decir: "Yo concurreo a las reuniones

de V..." lo que era una señal para que la persona que tal digese pudiera ser admitida en todas partes. Esta prosperidad, esta especie de favor popular que gozaba el comerciante Don Enrique entre las clases de la sociedad, era mirada con envidia por muchos de los que disfrutaban de cuantas diversiones proporcionaba la casa del rico capitalista, quienes no podían menos de contemplar con rabiosos celos el puesto que había conseguido ocupar entre sus compatriotas, justo galardón de la cadena de virtudes con que se había distinguido durante su larga y feliz existencia.

Tenía Don Enrique V.... sesenta años, y hacía diez que había perdido á la compañera de su existencia, reconcentrando todo su amor de esposo y padre en su preciosa hija Calixta, hermosísima y discreta doncella, orgullo de su padre y encanto de su vejez; amábala el anciano señor como se ama a una hija única que se ha visto crecer a nuestro lado, gozando con sus primeras sonrisas, con sus primeras palabras, causando nuestra aflicción cuando la pobre criaturita lloraba al salirle el primer diente, ó cuando se la vacunaba para evitar mayor mal en el porvenir. Luego llegan los años de la infancia, tan llenos de encantos, en que tantas gracias ostentan los niños con sus conversaciones inocentes, sus pueriles preguntas y sus dulcísimos besos. Entonces no hay para un padre mayor diversion, mas grande placer, que mirar a un niño,

a su hijo querido, y besarle una y mil veces, y una y mil veces estrecharle tiernamente sobre su corazón, que late precipitado de gozo, de amor, de celestial alegría, mientras en su imaginación bendice a Dios y le da gracias por la felicidad que le ha mandado al hacerle padre de aquella encantadora criatura.

Así Don Enrique V. . . . idolatraba a su hija Calixta, bien que la doncella merecía con justicia el cariño de su respetable padre. Desde que descendió a la tumba la excelente señora que la llevó en su seno, Calixta tomó a su cargo el gobierno de la casa, el arreglo de la servidumbre y la vigilancia más sostenida y minuciosa sobre todos los ramos de la administración doméstica. Reprendía a los criados con dulzura; intercedía por ellos con su anciano padre, hacía les mil favores, y, sin rebajarse nunca, era más bien la amiga que la señora de los que por necesidad tenían que obedecerla. Así se había grangeado el cariño y el respeto de todos; así conseguía que al pronunciar su nombre la colmaran de bendiciones.

En las grandes reuniones que se verificaban en su casa, Calixta hacía los honores con una finura, con una gracia y una delicadeza, que conseguía crearse simpatías hasta en los malignos corazones que menos disposición cariñosa sentían hacia ella, a causa de la envidia que les inspiraba su brillante posición. A todos sonreía, a todos hablaba con amabili-

dad, y si distinguia a alguno, mas bien era al hombre modesto y de talento, que a los orgullosos nobles ó a los ricos comerciantes que se veian obligados a reconocer la supremacia que sobre unos y otros tenia su anciano, honrado y rico padre.

Calixta era un modelo digno de imitacion: su educacion habia sido perfecta, porque su madre quiso adornar con los talentos que puede crear el hombre, la obra preciosa de la naturaleza; quiso formar en medio de la opulencia que la rodeaba una muger para la adversidad, porque en los revueltos tiempos que corrian, nadie estaba libre de verse mañana sin tener un pedazo de pan que llevar a la boca, a pesar de tener ayer arcas llenas de oro a su disposicion. La escelente señora consiguió que su hija aprendiera todas las habilidades de su secso, todas, hasta las mas humildes, porque deseaba y logró enseñarla cuanto es necesario que sepa la jóven que algun dia ha de llegar a ser esposa y madre, la muger que tendrá a sus órdenes una familia entera, por quien será respetada, ó despreciada, el modelo ó la piedra de escándalo.

De modo que la bella Calixta, la rica heredera, era al mismo tiempo dama de buen tono, y muger hacendosa, muger de su casa, como vulgarmente se dice en el pueblo de su naturaleza, en la populosa capital donde han pasado parte de los sucesos que forman esta verídica relacion.

En medio de las más brillantes reuniones, Calixta era siempre la que llamaba la atención, ya por su esquisita belleza y finos modales, ya por su amabilidad y elegante sencillez en los vestidos y adornos. Los jóvenes de más mérito por su nacimiento, riquezas y ventajas personales habían tratado de enamorar a la hermosa joven, habían llegado hasta a pedirla por esposa a su padre, pero Calixta no condescendió nunca a los deseos de tantos pretendientes, alegando que aun era casi niña, que amaba mucho a su padre y que quería estar todavía algún tiempo más a su lado, para consagrarle exclusivamente sus cuidados, para amarle y respetarle con todo el exceso del cariño filial. La verdad era que aun no había sentido palpitar su corazón a la presencia de ninguno de aquellos hombres, que conservaba aun la tranquilidad de la inocencia, y que cuando daba aquellas contestaciones a su padre trataba de engañarse a sí misma sobre no tener otros motivos que los que alegrara. Entonces el anciano comerciante la estrechaba sobre su corazón, y estampaba sobre su frente un beso, con el que expresaba el gozo que sentía al escucharla.

Pero había llegado el tiempo en que la indiferencia que reinaba en aquel corazón, por cuya posesión hubieran hecho los mayores sacrificios tantos hombres, debía ser alterada. Don Enrique tenía un amigo íntimo, compañero de su juventud, nacido en su mismo pue-

blo, y criados siempre unidos, siempre amándose. Los dos se habían casado, los dos fueron felices en el matrimonio, los dos tenían nada mas que un heredero, pero el de Don Enrique se llamaba Calixta, y el de Don Julian se llamaba Genaro, el mancebo mas gallardo de la ciudad, el favorito de las niñas cuando era niño, y de las jóvenes cuando fué joven.

Calixta creció sin salir del pueblo de su naturaleza, pero Genaro cumplió los veinte y cuatro años en la capital del Reino, en la seductora corte española. Genaro tenia una inclinacion decidida por la diplomacia; estudiaba con ansia la marcha política de las naciones, y merced a las sonantes onzas de oro que se le suministraban por mandado de su padre, el gallardo mancebo hacia un papel no despreciable en la sociedad de buen tono de la coronada villa de Madrid. Escribia desde allí a sus padres haciéndoles una relacion circunstanciada de sus esperanzas, de sus proyectos para el porvenir, pintándoselo todo con los colores mas halagueños, como si tuviera una seguridad de conseguir cuanto deseaba. Cuando su padre le hacia preguntas sobre los sucesos de Aranjuez, la prision del privado Godoy, la sublevacion de los guardias de Corps y demas acontecimientos que derribaran a un padre de su trono para que subiera a él su hijo, el joven contestaba ligeramente que todo marchaba á las mil ma-

ravillas, que la mayor alegría y tranquilidad reinaban en todos los ánimos, y que no tuvieran cuidado en lo tocante a él, pues mero espectador de aquellos sucesos, no se habia comprometido con nadie, no habia figurado en el partido del padre ni en el partido del hijo. Y era verdad: habia sido prudente: habíase conservado neutral, como decia en su language diplomático.

Pero cuando D. Julian supo la entrada en Madrid de las tropas francesas, escribió á su hijo mandándole inmediatamente se restituyese a su lado, porque en tan azarosas circunstancias no queria tenerle separado de sí, viviendo en aquel foco de insurrecciones y peligros, donde el dia menos pensado se podia ver envuelto en alguna jarana que le costara la vida, y era muy estimada aquella vida por el anciano D. Julian, para que no hiciera todos los esfuerzos posibles á fin de evitar tal desgracia, y conservar á su heredero, á su querido y gallardo hijo.

No tuvo el mancebo mas remedio que obedecer á su padre. Abandonó, pues, la corte y entró en la ciudad natal el 10 de Abril de 1808. Treinta dias despues las escenas sangrientas del dos de Mayo tenian efecto en Madrid....

Pero no es este el objeto de estos renglones: volvamos á la interrumpida narracion. Llegó Genaro á su ciudad natal, y apareció en casa de D. Enrique V.... con el prestigio que

le comunicaba el venir de la corte, habiendo frecuentado allí la buena sociedad, y adquirido modales desembarazados y elegantes. Su figura era airosa, interesante en extremo; su conversacion variada y agradable, sus ropas hechas a la última moda. Todas estas circunstancias fueron notadas al primer golpe de vista por las damas respetables de la sociedad de D. Enrique, y no se escaparon á la natural penetracion de las jóvenes. Ponian en juego estas últimas todos los resortes de la coqueteria para llamar la atencion del jóven, amable con todas, pero este á ninguna concedió particular predileccion.

Un dia oyó á su padre hablar con entusiasmo de las prendas que adornaban a la preciosa hija de D. Enrique. Escucáhbale Genaro con interés, porque la belleza de Calixta habia llamado su atencion, y si se hubiera enamorado de alguna jóven, seguramente que sería de la doncella tan generalmente querida. D. Julian no se cansaba de alabar su modestia, su discrecion, su laboriosidad y buen manejo en el arreglo interior de la casa, y Genaro sonreia al escuchar aquellos elogios, que tal vez alhagaban algun pensamiento suyo, alguna idea confusa que bullia en su imaginacion.

—Padre, dijo interrumpiéndole repentinamente ¿se alegraría V. de tener por hija á esa jóven?

—A quién ¡á Calixta?

—Sí, señor, á Calixta.

— ¡Oh! Ya lo creo que me alegraría.

— Pues bien, lo será.

— ¿Qué dices, muchacho?

— Digo que V. llegará á llamarla su hija.

— Pero ¿cómo ha de ser eso..... qué quieres decir? Esplicáte, Genaro.

— Digo que esa jóven, esa Calixta, á quien tanto ama V., ha de ser mi esposa, mi legitima esposa, se lo juro á V., padre.

— ¿Tu esposa? ¿Calixta tu esposa? Vamos, esas son locuras tuyas, muchacho, nada mas que locuras. ¡Oh! Yo me daría por satisfecho que así sucediera; yo me consideraria feliz con que tal matrimonio se verificase algun dia.

— Pues se verificará, padre: se lo prometo á V.

— Bien: por tu parte tal vez no habrá inconveniente, pero ¿crees que Calixta dará su consentimiento para tal enlace?

— ¿Cree V. que su padre se opondrá?

— Oponerse su padre? Quién, mi ¿amigo Enrique? No; en cuanto á él estoy seguro que no habria inconveniente.

— Pues en cuanto á su hija respondo á V. que tampoco le habrá.

— Hijo mio, exclamó el anciano D. Julian abrazándole con entusiasmo; si lo que me has dicho se verifica, tu padre te bendecirá todos los dias de tu vida, porque le habrás dado la felicidad para siempre.

— ¡Oh! Yo lo conseguiré, dijo Genaro besan-

do con respeto la mano de su padre.

Desde entonces el elegante jóven se dedicó á obsequiar á Calixta, y pasaba horas enteras a sulado, en agradable conversacion. Al poner en práctica el plan que habia formado, Genaro acometia á sangre fria la empresa que habia de realizar los deseos de su padre, porque Genaro todavía no amaba a la bella Calixta, todavía conservaba hácia la doncella una indiferencia completa, a pesar de haber notado con satisfaccion interior la brillante hermosura que la distinguia. Calixta por su parte sentia por Genaro mas que una amistad pura y sencilla; un cariño poco menos que si fuera su hermano, pero no del mismo género.

Los dos ancianos amigos tuvieron una esplikacion sobre los proyectos que se pensaban realizar, y D. Enrique V, . . . acogió con placer la idea de un matrimonio que unia dos ricas familias amigas, que haría la ventura de sus últimos dias.

—Pero si mi hija no quiere, no hay nada de lo dicho, ¿estamos?

—Estamos, dejemos obrar á los chicos.

—Dejémoslos.

El mancebo, fiel al plan que se habia propuesto, no habló durante algunos dias á Calixta, ni una palabra de amor, ni una sola espression que la pudiera hacer sospechar su plan. Contábala anécdotas madrileñas, la hacia relaciones minuciosas de cuanto bello encerraba la corte, sus paseos, sus monumentos públi-

cos, sus museos, los sitios reales, su lujo y sus costumbres. Escuchaba con interés la doncella todas estas particularidades y acostumbrábase insensiblemente á la agradable conversacion de Genaro. Este por su parte conoció que se obraba en su cabeza y en su corazon una revolucion extraordinaria, conoció que iba perdiendo por grados su libertad, conoció por fin, que su felicidad futura dependia de aquella empresa que habia acometido con tanta frialdad y por mero cálculo, porque Genaro no pudo resistir mucho tiempo las miradas fascinadoras de aquellos grandes ojos pardos, velados por luengas y sedosas pestañas, no pudo resistir á tantos atractivos, tanta amabilidad, tanta dulzura: Genaro amó a Calixta; la amó como los angeles aman à Dios.

Entonces le fué imposible contenerse y la habló de su amor; pero la habló con pasion, con fuego, con el fuego que sentia dentro de su corazon. La bellissima jóven quedó sorprendida de semejante transicion, pero no oyó con desagrado las tiernísimas palabras del mancebo: al contrario, hallaba al escucharle un placer inmenso, indefinible, un placer que no podia esplicarse a sí misma. Genaro la juraba amor eterno, la decia que ella seria su gloria, su todo, que consintiese en ser su esposa, en hacerlo el mas feliz de los mortales. Calixta por algun tiempo opuso una resistencia débil, dijo, como siempre, que aun era muy jóven, que amaba a su padre con extremo, y

que no podía consentir en separarse de él.

—No, no, tampoco yo quiero eso, tampoco; no nos separaremos: viviremos en familia. . . . ¡seremos tan felices!

Durante tres meses la preciosa doncella estuvo indecisa en adoptar un partido, y como la mariposa revolotea en torno de la brillante llama de la vela, para luego caer herida, abrasada por ella sus alas de cristal y gasa, así Calixta anduvo buscando excusas, dando por fin su consentimiento a los deseos del enamorado Genaro, que loco de contento corrió á participar a su padre tan feliz nueva.

Don Julian y Don Enrique vieron con alegría el amor de sus dos hijos respectivos, y determinaron que muy pronto se verificase aquel matrimonio, que los amantes y los ancianos miraban como el colmo de su felicidad.

Don Enrique hacia mucho tiempo que no ofrecia en sus magníficos salones bailes ni grandes tertulias, como en otros dias. Las desgracias de la patria, la guerra atroz que sostenia el pueblo español contra las tropas de una nacion que creia aliada y amiga, los lamentos que resonaban por todas las provincias del reino, habian afectado su corazon y creia que en tales circunstancias las diversiones de otros dias serian como un insulto a la pública calamidad. Por tanto, las grandes reuniones habian concluido, el silencio habia reemplazado en los lujosos salones a la animacion, la alegría y la riqueza que hasta entonces se ha-

bian hecho notables en la poblacion.

Pero cuando se hubo convenido el matrimonio que habia de hacer la felicidad de las dos familias, cuando se fijó el dia en que se habia de verificar la boda. Don Enrique determinó dar un baile magnífico, espléndido, mas brillante que cuantos hasta entonces se habian verificado en sus espaciosos salones. Renováronse los candelabros y colgaduras, los espejos de marco de bronce dorado a fuego y los grandes cuadros; dióse a los salones un aire de novedad y riqueza mas sobresaliente del que hasta entonces los distinguiera entre todos los de la populosa ciudad.

Olvidáronse por un momento los males de la patria.

Llegó, por fin, el dichoso dia en que Calixta y Genaro fueran unidos ante Dios y los hombres; en el rostro del gallardo jóven brillaba una alegría estremada; en el rostro de la doncella se notaba, a través del rubor y la modestia, la viva espresion de una felicidad celestial.

Este acontecimiento tan venturoso para las dos familias se celebró en un dia del mes de enero de 1810, y si en la noche de aquel dia estaban espléndidamente iluminados los salones del fuerte comerciante Don Enrique V.... era porque el fuerte comerciante quiso solemnizar de un modo digno de sus riquezas el casamiento de Genaro, el hijo de su amigo Don Julian, con su bella y preciosa hija Calixta.

III

QUANTAS personas notables habia en la ciudad, estaban aquella noche en los salones de D. Enrique V.... Las damas de la aristocracia y del comercio, las bellezas mas de moda y mas perfectas, jóvenes y ancianas, nobles y *plebeyas*, todas estaban reunidas en aquellas salas encantadas, alumbradas con esquisita magnificencia, cubiertas las paredes de colgaduras de raso azul celeste con bordados y borlones de plata, cuadros preciosos y grandes espejos, en los que se reproducía la vivísima luz de las arañas y candelabros. Las orquestas tocaban sin descanso, ya la contradanza española, ya la escocesa, ya la francesa, que empezaba á estar de moda entre las damas de buen tono. Y luego el wals, bailado con figuras difíciles y bonitas, y la gabota y el minué, bailes tan en consonancia con la proverbial gravedad española, y en los que tantos triunfos alcanzaba una hermosa y elegante dama.

Además de las notabilidades en belleza y riqueza, estaban en el baile del fuerte comerciante todos los oficiales de los cuerpos que guarnecian la plaza, los gefes de alta graduacion, los oficiales de marina, españoles é ingleses, los hombres que mas se distinguian en la literatura, los comerciantes mas fuertes y

los nobles de rancios pergaminos, cuyos apellidos desaparecían en la oscuridad de los siglos. D. Enrique V... había logrado amalgamar todas las clases en la noche que celebraba la ventura de su hija y la suya propia.

Pero si entre los caballeros habían desaparecido aquella noche las ridículas preocupaciones que los separaban á unos de otros, no había sucedido lo mismo entre las damas, que á pesar de concurrir á la fiesta que daba V... no habían olvidado sus inveteradas rivalidades. Así es, que desde el principio de la noche se formaron tres partidos, tres distintas reuniones, sin que las contuviera la reflexion de que era una ofensa hecha á D. Enrique y su hija llevar a semejantes lugares las rencillas que las dividieran desde tiempos remotos.

En un salon se veían las esposas, las hijas, las parientas todas de los comerciantes de la ciudad: el tisú, el brocado, la blonda, la gasa y los encajes, cubrían, ya el voluminoso cuerpo de una respetable señora, ya el cuerpo seductor de una jóven de veinte años. El poco vuelo que entonces se estilaba en los vestidos, la cintura tan elevada, las mangas lisas y con tan poca gracia, todo esto hacia que las jóvenes encantadoras no sacáran de sus atractivos el partido que lograrían si vivieran en nuestros dias. Y á pesar de ello, las bellas de aquellos tiempos sabían inspirar pasiones mas vehementes que las que inspiran las hermosas

de hoy, porque las costumbres eran diferentes entonces, y esta diferencia redundaba en beneficio del bello sexo y del amor verdadero. Las *comerciantas*, como las llamaban las *nobles*, ostentaban magníficos adornos de oro, coral y brillantes, grandes rosetas de esmeraldas, piochas de topacios y perlas, de moderna y preciosa hechura; abanicos de plata y plumas perfumadas, cadenas de oro, y pequeños turbantes de gasa plateada, de caprichosas, extrañas figuras. Sobre aquellas voluptuosas cabezas se estrellaban y reproducían los vivísimos rayos de luz, porque cada brillante era un espejo del que partían relámpagos de claridad, demasiado notados por los pretendientes de las hermosas que los lucían, por los que aspiraban á la mano de las hijas de las *comerciantas*. Y entre aquellos pretendientes se contaban los individuos de la rancia nobleza, que, dejándose de preocupaciones, solicitaban con empeño entrar en las familias de los *plebeyos*, de los hombres de la riqueza adquirida, no heredada.

En el segundo salon no habia brillantes, oro, ni tisúes, pero habia mas gracia, mas elegancia, mas atractivo que en el primero. Estaba ocupado por las *militaras*, desde las altivas esposas de los generales y gobernador de la plaza, hasta las modestas hermanas del simple capitán. Allí no se veían telas costosas; la gasa, el sencillo tafetan y el raso, abundaban por todo el salon; flores, lazos, y algunas plu-

mas blancas, formaban los tocados de casi todas las *militaras*, y a pesar de eso parecian tan seductoras como las *comerciantas* con sus brocados y piedras preciosas, y con su soberbia presuncion. Unicamente las esposas de los generales P..... y C..... lucian trajes de terciopelo blanco con bordados de perlas finas, únicamente ellas dos y la esposa del gobernador militar llevaban en sus prendidos, brillantes y ramos de amatistas y coral. Y si los llevaban no era por el rango elevado que sus esposos ocupaban en el ejército, sino por las riquezas que habian heredado de sus poderosas familias; las tres generalas podian entrar en los tres salones, porque eran *nobles* por línea materna, ricas y *comerciantas* por la paterna, y *militaras* por sus esposos. Por eso eran bien recibidas en las reuniones de las tres clases enemigas.

En el tercer salon estaban las nobles. La seriedad mas estremada reinaba en todos los semblantes; allí se observaba la mas rígida etiqueta, sin que jamás se olvidáran de darse unas á otras sus titulos respectivos. Los golpes de abanico eran á compás; las palabras mas insignificantes se pronunciaban con una afectacion ridicula, con una gravedad y un tono que las comunicaba una inmerecida importancia. Tambien allí habia brillantes, ti-súes, blondas y plumas, pero los primeros estaban engastados á la antigua, se conocia sin querer que debia ser su origen del tiempo de

Isabel la Católica, ó de D. Sancho de Castilla, ó de los condes de Urgel y de Armengol.

Parecía que los vestidos habian salido otra vez á lucir, y las preciosas blondas, los encajes esquisitos de Bruselas, estaban ya un tanto rojos, como si se resintieran del tiempo que hacia salieran de la fábrica, de los años que tenian en poder de las orgullosas damas que con ellos se engalanaban. Aquel salon infundia respeto, mejor dicho, causaba fastidio por su gravedad y etiqueta.

D. Enrique y Genaro hacian los honores á los caballeros concurrentes, y Calixta apoyada en el brazo del padre de su esposo, cumplimentaba á las señoras, pasando continuamente de salon en salon, sonriendo á unas y otras, haciendo mil caricias á las jóvenes, mientras atendía con deferencia á las damas ya respetables, bien fueran comerciantas, militaresas ó nobles. En todas partes estaba la joven y bellísima novia, y á las lisonjeras palabras que se la dirigian contestaba con la finura y gracia que la hacian ser querida de cuantos la conocian. D. Julian sonreia de orgullo y satisfaccion, y una viva espresion de paternal alegría se esparcia por su rostro cada vez que fijaba los ojos en el hechicero semblante de la que ya podia llamar su hija.

Las orquestas no cesaban de tocar: Calixta bailó aquella noche con los generales P.... y C.... y con el gobernador de la plaza, pero no sin el consentimiento de Genaro, que le con-

cedió gustoso, corriendo á ser compañero, en los mismos bailes, de la señora del general que bailaba con su esposa, como estaba en el órden.

La casa de D. Enrique se veia casi sitiada por un inmenso pueblo que desde la calle hacia esfuerzos para alcanzar á ver el interior de los salones, sin poder conseguir divisar otra cosa que alguna que otra dama, alguno que otro caballero que pasaba por delante de las puertas de los abiertos balcones; pero se contentaban con oír la música del baile, con ver la claridad que provenia de las arañas y candelabros que inundaban los salones.

Serian las dos de la mañana cuando Genaro ofreció el brazo á su esposa, aliviando á D. Julian de tan dulcisima carga. Estaba la doncella vestida de gasa blanca, sin mas adornos en su traje que seis randas de perlas finas en la conclusion de la falda, en las mangas y rededor del alto escote del vestido. En el cuello tenia un magnifico collar de gruesas perlas, de inmenso valor, de tan esquisito mérito que podia figurar dignamente en el cuello de una reina. Dos pequeñas plumas de brillantes sugeraban á sus cabellos castaños un riquisimo velo de encaje, que llegaba casi hasta el suelo; sus pendientes eran dos grandes solitarios, regalo de su padre D. Enrique, así como las magnificas plumas se las ofreciera D. Julian como una muestra de cariño; con semejantes adornos la bellissima Calixta parecia una maga

encantadora, un ser sobrenatural que aquella noche habia descendido á la tierra por satisfacer un capricho del Altísimo, que queria mostrar á los hombres su obra mas perfecta.

Genaro se embriagaba de amor mirando á la muger con quien se habia unido para toda su vida, y Calixta no podia menos de fijar sus ojos en el suelo al notar las ardientes y fascinadoras miradas que la dirijia su esposo.

La multitud que contemplaba desde la calle los balcones de D. Enrique V... habia desaparecido totalmente á causa de lo avanzada que estaba la noche; ya no se veia á nadie al rededor de la magnífica casa, y se notaba en la calle la quietud y la oscuridad, mientras que en los salones seguia la música y el baile.

Pero un hombre estaba embozado en su larga capa negra; arrimado á una puerta, mirando fijamente aquellos balcones por donde salia tan resplandeciente claridad. El solo estaba en la calle á tales horas, él solo contemplaba aquella casa, mansion del placer, la felicidad, y la alegría.

Y tambien fué él solo quien notó que una dama y un caballero selieron al largo balcon, y despues de un momento de conversacion, se inclinaron suavemente y se dieron un beso tiernísimo, un beso amoroso y dulce, muy mas dulce que el de una madre á su hijo, que el de un hijo á su madre. El embozado contempló con ira reconcentrada aquella escena, porque conoció quiénes eran la dama y el caballero,

conoció á Calixta y Genaro, que se miraban con delicia y se inclinaban otra vez para repetir su beso de ardiente amor.

En la oscuridad, el desconocido tembló de rábía.

— ¡Oh! dijo Genaro á su esposa; estoy rendido, fastidiado; esos hombres me molestan con sus conversaciones insignificantes; esas mugeres mi incomodan con sus risas fingidas, sus gestos y sus monadas. Son las dos de la mañana, y ya debia concluir todo esto, porque en verdad, amada mia, que deseo descansar. ¿No tienes tú el mismo deseo?

— Sí, dijo Calixta maquinalmente y sin cesar de mirar con pasion á Genaro.

Este se inclinó y la besó por tercera vez.

El embozado que los observaba, lanzó un grito horrible.

— ¡Dios mio! exclamó Calixta estremeciéndose, ¿qué es eso?

— Nada, no será nada, la contestó Genaro; algun perdido, algun vagamundo, algun borracho que estará durmiendo en la calle.

— No, no; me parece que hay un hombre de pié, envuelto en una capa, arrimado á aquella puerta. . . . ¿Le vés, Genaro?

— Sí; será algun infeliz que no tendrá ni un triste jergon donde dormir; ¡desdichado!

Don Julian apareció en el balcon

— Ola, exclamó sonriendo ¿así se abandonan los salones? Vamos, vamos, que el baile vá a concluir, y es necesario no dar que decir a las

lenguas murmuradoras. Enrique te espera, Genaro; tú, Calixta, ven conmigo.

Los dos jóvenes se volvieron a mirar tíer-namente y obedecieron aquellas órdenes.

Damas y caballeros, comerciantas, militares y nobles repitieron sus cumplidos a Calixta, Genaro y Don Enrique, y abandonaron aquella casa donde habían pasado algunos una noche alegre, y otros de mortificación y de rábía. El novio contestaba sonriendo a las palabras equívocas que le dirigian los caballeros, y la linda desposada daba las gracias a sus amigas por la felicidad que, decian, la deseaban.

Los carruajes partian en todas direcciones, y los criados de la casa empezaban a apagar las luces que en vasos de colores ardian, entre jarrones de flores y yerbas olorosas, en la escalera y el espacioso patio. En el salon principal estaban reunidos los amigos mas íntimos de D. Enrique, D. Julian y Genaro; en un salon contiguo estaban solas la bella Calixta y la esposa del general P..., que la amaba tanto como si fuera su hermana.

Despidiéronse unos y otros, y quedaron solamente los ancianos y los novios. Mirábanse los cuatro sin articular palabra, hasta que D. Enrique ofreció el brazo a su hija, y mirando a Genaro y D. Julian, dijo con mal segura voz:

—Vamos.

Calixta se puso encarnada como una amapola, y maquinalmente tomó el brazo de su pa-

dre. Genaro y Don Julian los siguieron sin desplegar los labios. Paráronse los cuatro delante de una puerta de caoba; el criado que los acompañaba la abrió y se retiró: detrás de aquella puerta habia otra de cristales, que Don Julian abrió a su vez, dejándose ver una magnífica cortina de terciopelo carmesí, con fleco de plata.

Genaro alzó aquella cortina; detras de ella estaba la alcoba nupcial.

Entonces Don Enrique soltó el brazo de Calixta y la besó en la frente, dándola su bendicion; la hermosa jóven abrazó a su padre y a Don Julian, enjugó una lágrima que se desprendia de sus ojos, y desapareció tras la cortina de terciopelo carmesí con fleco de plata. Genaro besó la mano de su padre y la de Don Enrique, y se despidió de ellos, entrando en seguida en la elegante alcoba nupcial.

Los dos ancianos se miraron y se abrazaron en silencio.

Poco despues los criados se daban prisa a apagar las luces, cerrar las puertas y prepararlo todo para irse a dormir. Cuando fueron a cerrar los balcones, repararon en un hombre que estaba embozado en una capa y arrimado a una puerta, mirando de hito en hito aquella casa, antes tan bulliciosa, ahora tan en silencio; mas no hicieron caso alguno de él.

Una hora despues, ya no estaba allí, pero antes de marcharse, habia dicho dijo estas palabras;

—Me queda solo la venganza, ¿no es esto? Pues bien: algun dia me vengare de él y de ella! ¡Oh! sí, si, de los dos.

Aquel hombre era un amante de Calixta, despreciado por la hermosísima jóven, y que odiaba de muerte al feliz Genaro.



SIETE meses hacía que Genaro y Calixta eran los mortales más venturosos de la tierra; siete meses hacía que gozaban de una felicidad inmensa, turbada algunos instantes por la compasión, la lástima que les inspiraban las desventuras de la patria, los lamentos que lanzaban las víctimas de la perfidia y la traición. La guerra seguía en todo su furor, y los hombres de una y otra nación, servían de pasto continuamente a los cuervos, a los buitres y demás animales iamundos.

Blanca y hermosa en todo su esplendor veíase la luna en el cielo la última noche del mes de Julio, noche deliciosa de verano, en que el fresco ambiente había reemplazado al sofocante calor del día.

En una de las puertas del balcon de Don Enrique V.... había dos sillones ocupados por Calixta y Genaro, que hablaban de su fe-

licidad presente, de sus proyectos para el porvenir, de las gracias que debían dar al Eterno por tantos bienes como los había prodigado. A corta distancia de ellos había una pequeña mesa de ébano que sostenía un gran candelabro de plata maciza, en el que se veían cuatro velas de cera, cuya luz daba de lleno sobre los rostros de los esposos. Estaba Calixta cubierta con un velo oscuro y bastante ancho, y un manto blanco de felpilla, a pesar de lo caluroso de la estación. Mirábala Genaro de hito en hito, y mirábale ella a su vez, sonriendo ligeramente, como si con aquella sonrisa quisiera contestar a alguna pregunta interesante que hubiera adivinado en los ojos de su esposo. Estuvieron así largo rato sin volver a desplegar los labios, hasta que Genaro se levantó de su sillón para sentarse al lado de su hermosa compañera.

—Calixta, la dijo tomándola una mano y apretándola entre las suyas con emoción.

—¿Qué quieres? contestó ella volviendo a sonreír y mirándole tiernamente.

—¿No me comprendes? ¿No adivinas lo que te quiero preguntar?

—No, dijo dulcemente, no sé...

—Te pregunto, sí... sí... ¡oh! tú debes comprenderme, tú debes adivinar cuánto pasa en mi corazón.

—Y lo adivino, Genaro, exclamó ella apretando a su vez la mano de su esposo entre las suyas, al mismo tiempo que le arrojaba u-

na mirada toda de amor y felicidad.

—Y bien.... entonces....

—¡Pronto! dijo tristemente, demasiado pronto, Genaro.

—¡Pronto! ¡Pronto! ¡Calixta! ¡Esposa mia! ¡oh! ¡Qué felicidad! Aquel dia seré el mas dichoso de los mortales, me volveré loco de alegría, no envidiaré la dicha de los ángeles, no.

—¡Genaro! exclamó ella con acento melancólico, ¡Genaro! no sé qué siento en mí cuando hablas de ese terrible y dulce momento; me pongo triste y presiento terribles desgracias.

—Bah, cosas tuyas. ¿Presentir desgracias en medio de tanta dicha? ¿No eres tú mi gloria y mi ídolo? ¿No tenemos mas riquezas que las que son necesarias para hacer la felicidad de cien familias?

—Es verdad, contestó la bella enjugando una lágrima que a su pesar se habia desprendido de sus ojos.

Genaro la estrechó entre sus brazos con entusiasmo.

—Quita, que me lastimas, dijo apartándole suavemente.

—Perdona, contestó sonriendo el esposo, volviendo a ocupar su sillón.

Entonces repararon en dos hombres que los miraban con atencion desde la calle. Uno de ellos estaba elegantemente vestido y señalaba al balcon con la mano, inclinándose como si estuviera hablando con el que estaba a

su lado, cuyo traje era un tanto mas inferior. Genaro miró a Calixta, y esta, comprendiendo aquella mirada, contestó:

—Es tu primo Jacobo y su criado, ¿no los conoces? Pues está tan claro como de día.

—Es verdad, dijo Genaro, mirando atentamente a los dos hombres: es Jacobo y Tomás. Mira, mira, nos está saludando Jacobo.

Efectivamente, notando que los dos esposos le miraban, Jacobo se vió obligado a saludarlos, contestándoles Genaro y Calixta. Jacobo era primo del primero, pero desde niño le habia mirado con aversion, porque en todas partes le hacian mas caricias que a el, le mimaban y le daban dulces, ya porque era mas hermoso, ya por su natural pacífico y amable. Luego que fueron jóvenes, Genaro fué a Madrid y el primo no pudo conseguirlo de sus padres, envidiando la suerte del hombre a quien tan sin motivo aborrecia. Durante la permanencia de Genaro en Madrid, no habia podido ver con indiferencia Jacobo la espléndida hermosura de Calixta, y calculando cuán ventajosa seria para él y su familia la union con la hija y única heredera del capitalista Don Enrique, habia solicitado la mano de la doncella, recibiendo por contestacion una formal negativa, porque Calixta no le amaba. En vano fueron sus importunas instancias, sus ruegos y súplicas: la jóven persistió en su resolucion, y le dijo que perdiera hasta la mas remota esperanza. Jacobo desde entonces sin-

tió trocarse en su corazón aquel amor en el más atroz aborrecimiento, conoció que odiaba a Calixta, y juró que algún día se vengaría de sus desprecios, de lo que le había hecho sufrir hiriéndole en su orgullo.

Y cuando Genaro llegó de Madrid y empezó a obsequiar a la doncella, cuando se corrió la voz de su próximo casamiento, cuando se verificó la boda, Jacobo maldijo a uno y á otro, los deseó toda clase de males, y juró solemnemente su venganza.

El fué el único pariente de Genaro que no quiso asistir al baile de Don Enrique, él fué el solo que se negó al convite de los dos ancianos comerciantes, él fué el que despreció la invitación de Calixta y Genaro, y en vez de asistir a sus brillantes salones, se mezcló con los grupos de la plebe que en aquella noche rodeaban la casa del capitalista. Y por fin, Jacobo fué el hombre que envuelto en su capa negra y arrimado a una puerta, sorprendió a los dos esposos dándose el primer beso de amor, beso santificado por el matrimonio, y que fué maldito cien veces por el despreciado amante.

Pero un mes después de celebrada la boda, Jacobo había fingido la mayor amistad hacia Genaro, trataba a Calixta con respetuosa indiferencia, y aparentaba el mayor respeto hacia Don Julian y Don Enrique. Y tantos fueron los esfuerzos que hizo para captarse su amistad, que al fin lo consiguió completa-

mente, logrando que olvidasen su conducta de otros días.

Por esto Calixta y Genaro contestaron con amabilidad a los saludos que les dirigia desde la calle, y aun le brindaron por señas si queria subir, á lo que Jacobo no accedió despidiéndose con sonrisa. Los esposos siguieron en su interrumpida conversacion, que tanto les interesaba, hasta que levantándose Calixta, se dirigió, seguida de Genaro, a la lujosa y elegante alcoba nupcial, la de las puertas de caoba y cristales, la de la cortina de terciopelo carmesí con fleco de plata.

Tres meses despues en aquella misma alcoba habia dos señoras y una muger gruesa, cuyo aspecto era como de ama de cria ó niñera vieja. Una de las señoras estaba en el suntuoso lecho, adornado de colgaduras de damasco encarnado y fleco de oro, con sábanas de olán batista guarnecidas de ricos encajes, colcha de felpilla, con preciosas flores estampadas, cómodos almohadones y adornos dorados por todas partes, incrustados con primor en la brillante madera del lecho. La dama que estaba sentada en él y abrigada con un manton de pelo finísimo era la hermosa Calixta, hermosa á pesar de su palidez y de la singular espresion de su semblante. Sus cabellos castaños desaparecian debajo de la blanca papalina, sus ojos estaban un tanto amortiguados, su cabeza descansaba dulcemente sobre el pecho. La otra dama miraba con

ternura a la hija de D. Enrique, y la muger gruesa contemplaba a respetuosa distancia el grupo que formaban las dos amigas.

Alzó la cabeza Calixta y clavó sus hermosos ojos en la dama que estaba a su lado.

—Carolina, la dijo en voz baja, quisiera dar otro beso a mi hijo antes que le llevaran a bautizar. ¿Quieres mandar que me le traigan?

—Sí, pero están concluyendo de adornarle; espera un momento, y yo misma iré a buscarle.

—¿Y por qué no le han adornado aquí, delante de mí, Carolina? ¿No conoces que una madre no puede estar tanto tiempo separada de su hijo? Juana, dijo dirigiéndose a la muger gruesa, diga V. a Luisa que la dé a V. el niño. Vaya V. y tráigale pronto.

La muger que se llamaba Juana salió.

—Eres incorregible, Calixta, dijo su amiga sonriendo; sabes que todos los amigos están reunidos para el bautizo, sabes que solo esperan que el niño esté dispuesto, y ahora le vas a detener una hora.

—No, nada mas que para darle un beso, uno solo.

—Sí, quién te creyera; ahí le tienes, añadió viendo entrar a Juana con el niño en los brazos.

—¡Hijo mio! ¡Hijo mio! gritó la jóven madre alargando las manos y cogiéndolo suavemente. Luego, sin reparar en que estropeaba las flores y los encajes con que habían a-

dornado al niño, le estrechó repetidas veces contra su corazón y le cubrió de besos.

La puerta de cristales se abrió, y alzándose la cortina de terciopelo carmesí, apareció Genaro, elegantemente vestido, y pintada en su rostro la mas viva alegría. Acercóse al lecho donde estaban la madre y el hijo, y dijo a aquella sonriendo:

—Vamos, dásele a Juana, no hagamos aguardar mas a nuestros amigos. Tome V. el niño, Juana, tómeme V.

—Espera, otro nada mas. Ahí le tienes, ahí va ese ángel; no tardeis mucho en volver, Genaro, porque os aguardo con impaciencia.

—No seas loca, contestó el esposo sonriendo; ¿aun no hemos salido y ya dices que volvamos pronto? no estaremos mas que el tiempo necesario para que tu hijo sea cristiano.

—Y se llame como tú, ¿verdad, Genaro?

—Ya que te has empeñado en eso, te daré gusto. Vamos, Juana, tome V. este niño, ¿no ha oído V?

La niñera no contestó; cogió la criatura y salió de la estancia; los ojos de Calixta siguieron al pedazo de sus entrañas, hasta que la cortina le cubrió.

—Hasta luego, dijo Genaro, mirando con ternura a su esposa. Hasta luego, repitió dirigiéndose a Carolina.

—Adios, adios, contestaron las dos.

—Un momento despues salian de aquella

casa los distinguidos 'personages que componian la comitiva del bautismo. La milicia, el comercio, la nobleza y la toga, todas las clases en fin, parecian que habian mandado sus representantes al bautizo del nieto del honrado y rico D. Enrique. Parecia que aquella criatura habia nacido al pie del trono, ó que algun dia debia mandar sobre aquellos hombres que se reunian para solemnizar su venida al mundo. Dirigiéronse a la catedral, donde el señor dean echó sobre la cabeza del niño el agua sagrada que le hacía entrar en el gremio de la iglesia con el nombre de Genaro.

Calixta y Carolina esperaban con impaciencia la conclusion de la ceremonia y la vuelta de la concurrencia. Habia quedado la casa en el mayor silencio, y las dos amigas se contemplaban cariñosamente, cuando oyeron pisadas, como de un hombre que se dirigia a la alcoba nupcial. Abrióse la puerta de cristales y entró D. Enrique en el aposento de su hija, con pasos tardíos y triste ademan.

—Padre, dijo Calixta sorprendida, ¿no ha ido V. al bautizo?

—No, contestó el anciano con grave acento; al tiempo de salir recibí dos cartas que tuve precision de leer en el acto. Luego ya no era tiempo, y me he quedado.

—¿Son de Madrid? insistió Calixta con curiosidad.

—No, la una es de la Habana; la otra de Lóndres.

—¡Ah! serán asuntos de comercio, ¿verdad, padre?

—Verdad, dijo D. Enrique con tristeza.

Entonces se sintió el ruido que hacia la concurrencia del bautismo, que volvia de la catedral. D. Enrique salió del aposento y se reunió a toda aquella gente que parecia le profesaba un cariño estremado. Genaro tomó a su hijo de los brazos de la niñera Juana, y entró a donde estaba su esposa.

—Toma, la dijo alargándola la criatura, te entrego a tu hijo cristiano y con el nombre que tú has querido que lleve durante su vida. El pobrecillo se asustó y ha llorado al descender sobre su cabeza el agua sagrada, pero mira como ahora se sonrie, mírale.

—¡Qué hermoso es! Y se llama como tú, esposo mio, como tú, ¿verdad? ¡Oh! Así me gusta, así; el mismo nombre uno que otro, el mismo. Así os confundiré a los dos en mi corazón, os amaré con el mismo esceso. ¡Hijo mio, hijo mio!

—Genaro, exclamó D. Enrique alzando ligeramente la cortina de terciopelo: ven, que tengo que hablarte.

—Voy, contestó el venturoso mancebo.

—Yo no sé qué tiene mi padre, le dijo Calixta; parece que ha recibido dos cartas, de la Habana y Lóndres que le han puesto triste.

—¿Dos cartas? ¿de la Habana y Lóndres? voy a ver qué es lo que quiere.

Salió Genaro de la estancia, mientras Ca-

litta y Carolina continuaban haciendo caricias al niño. Cuando el mancebo llegó al salón notó con estrañeza que no había allí ninguno de los convidados, pues únicamente estaban hablando en voz baja D. Enrique y D. Julian, cuyas tristes miradas se encontraron instantáneamente con las del alegre mancebo.

—¿Qué hay? dijo despues de un momento de silencio.

Los ancianos le miraron sin darle contestacion ninguna.

—¿Quiéren ustedes decirme qué es esto? ¿Quiéren ustedes esplicarme cuál ha sido la causa de haber desaparecido tan repentinamente los que han asistido al bautismo de mi hijo? por favor, hablen ustedes.

—Hijo mio, dijo D. Enrique con gravedad; la felicidad en la tierra nunca es completa, nunca. Hoy nos ha mandado Dios un heredero, y al mismo tiempo le quita una parte considerable de su herencia. Toma, continuó alargándole dos cartas; la una es de la Habana, la otra de Lóndres. Léelas, y conocerás si tenemos motivos suficientes para estar tristes.

Genaro cogió aquellos papeles maquinalmente y los leyó, mejor dicho, los devoró en un instante. Una palidez estremada cubrió su rostro; apartó la vista de las cartas fatales, y lanzó un suspiro de angustia. Aquellas cartas le acababan de revelar que su hijo había perdido una gran parte de las riquezas que le de-

bian dar algun dia una posicion elevada en la sociedad.

Participábanle a D. Enrique en la carta de la Habana, que en la casa de comercio en cuyo poder tenia fondos tan considerables, habia sucedido un acontecimiento demasiado doloroso para aquellos que confiaran parte de sus fortunas a un hombre que parecia modelo de honradez y delicadeza. Este hombre, cuya vida anterior era como una garantía para la sociedad, se vió envuelto en un pleito ruidoso que insensiblemente fue minando su fortuna, sin que pudiera poner remedio a semejante mal. Cuando él, hasta entonces, honrado comerciante, quiso volver en sí, se halló perdido de todo punto, conoció que estaba próximo a presentarse en quiebra de un modo escandaloso, y resolvió quitarse la vida. Pero era esposo y padre, y el recuerdo de las prendas tan queridas de su corazón detuvo su mano y le hizo reflexionar y tomar otro partido. Perdido ya, y pronto a aparecer sin honor ante sus semejantes, resolvióse a cometer una accion culpable. Reunió cuanto dinero pudo, pidió mas a rédito, comprometió su palabra, su crédito hasta entonces sagrado, y con cuanto pudo reunir, él y su familia desaparecieron de la Habana. Pasado un mes y a fuerza de diligencias se descubrió su paradero: estaba en los Estados-Unidos, en Filadelfia: los que tenian en poder de aquel hombre su fortuna, contáronla como perdida, y

muchas familias descendieron de una decente medianía a la mayor miseria. Aquel hombre había arrebatado al hijo de Genaro una parte considerable de su fortuna, porque no solo se hallaban en su poder grandes cantidades de D. Enrique, sino también de D. Julian, que tenía los mismos correspondientes que su íntimo amigo, y que ahora experimentaba las mismas pérdidas.

La carta de Londres era también portadora de nuevas tanto ó mas fatales. El correspondiente de los dos ancianos comerciantes en aquella capital había sufrido enormes reveses, pérdidas de buques, y especulaciones imprudentes que lo habían arruinado de todo punto. Con los restos de su fortuna, devolvió a algunas familias pobres las pequeñas cantidades que le habían confiado, y desesperado corrió a sepultar en el Támesis su infortunio, su deshonra y la última esperanza de los comerciantes extranjeros que tenían en su poder fondos de consideración. ¡Hé aquí las dos infaustas noticias que llegaban a saber el mismo día del bautismo del niño Genaro su padre y sus abuelos! ¡Hé aquí el mayor de los disgustos que habían tenido durante su vida D. Enrique y D. Julian!

Genaro dió las cartas al primero, y aproximándose a los dos, les dijo en voz baja:

—Ocultemos a Calixta semejante golpe; estando tan delicada, la podía costar la vida. Disimulen ustedes delante de ella.

—Si, si, contestaron los dos amigos: ocultémoslo por ahora.

Pero sus semblantes los hacian traicion, porque la palidez y tristeza de que estaban cubiertos revelaban que alguna cosa extraordinaria habia pasado por ellos.

Entraron juntos en la habitacion de Calixta y procuraron entablar una conversacion indiferente.

Poco despues, D. Enrique salió de la estancia para enjugarse las lágrimas que sin poderlo remediar se desprendian de sus ojos al pensar en la pérdida enorme que habia sufrido la fortuna de su nieto, pérdida que los obligaria a entablar economias de consideracion, a suprimir muchos gastos que hasta entonces creyera indispensables. ¡Qué contraste formaban las lágrimas del anciano y pundonoroso comerciante en medio del esplendente lujo que se notaba en aquellos salones!

D. Julian y Genaro procuraban sostener la conversacion con Carolina, la amiga de Calixta, mientras esta no pensaba en otra cosa que en hacer mil caricias a su precioso niño, a su pequeño Genaro.

IV.

TRES años despues del dia en que viniera al mundo el niño Genaro, estaba un hombre sentado en un rico sillón forrado de terciopelo, en medio de una estancia adornada con un lujo y gusto que revelaba ser su dueño persona de distincion. Estaba, pues, aquel hombre sentado en su sillón y envuelto en holgada bata de damasco color de caña, orillada de terciopelo negro, leyendo con suma atencion una carta, mientras que sobre sus rodillas descansaban otras dos de la propia letra. Notábase en su rostro una palidez extraordinaria, y sus ojos, de un negro infernal, brillaban con la espresion de la mas feroz alegría.

—¡Son infelices! murmuró doblando la carta muy despacio; son infelices, porque *ella* echó de menos para su hijo las riquezas que perdieron, y *él* las echó de menos por su hijo y por *ella*. ¡Bien! Si sufren, yo río; si son

infelices, yo me gozo en sus penas. Me gozo, sí, pero no renunciaría a mi venganza aunque los viera sumergidos en la última miseria. ¡La orgullosa! ¡El necio! Han creído mis protestas de amistad, han juzgado sinceros mis ofrecimientos, se han figurado que el reptil que pisaron algún día lo había olvidado todo y no mordería ya, que no guardaba ya veneno para derramarlo sobre sus corazones. ¡Oh! Bien: bien: así nunca sabrán qué mano les causa la mortal herida, les da el último golpe. Porque es preciso darle, es preciso: yo creía que jamás podrían recobrar lo perdido, que su crédito estaba amenazado, en riesgo eminente, que se arruinarían de todo punto, pero ese D. Enrique es muy astuto, y por su consejo han reunido los restos de su fortuna y se han retirado del comercio, hasta mejores tiempos. Así viven tranquilos, pero si he de creer lo que dice Teresa, no son felices, porque se acuerdan del lujo de otros días, de las atenciones que recibían de todos, de los placeres y consideraciones que les rodeaban. Que sufran, que más he sufrido yo por su causa, pero les prometo satisfacerles con usura semejante deuda. ¡Oh! sí, sí; con usura.

Calló un momento aquel hombre, dobló las dos cartas que tenía sobre sus rodillas, y se quedó pensativo largo rato. Luego se levantó y empezóse a pasear por la sala, con estremada agitacion y hablando en voz baja.

— ¡Oh! decía, aun hay para ellos ventura,

aun pueden ser felices, aun lo son tal vez. ¿No se hicieron ayer mil caricias delante de mí, cuando me fui a despedir de esa familia odiada, cuando fui a participarles que habia resuelto marchar a Madrid inmediatamente? ¿No se recreaban en contemplar a ese aborrecido niño que lleva el mismo nombre de su padre, nombre que tantas veces he maldecido? ¡Insensatos, insensatos! Yo seré vuestro ángel malo; yo seré quien os precipite en un infierno de tormentos, mas atroces que los que me habeis hecho sufrir durante tres años mortales. ¡Ah! Desde que concebí este proyecto he estado luchando conmigo mismo, he estado indeciso sobre si le llevaria a cabo, porque a pesar mio me estremecía semejante crimen; pero ya no titubeo, no; ya no he de retardar por mas tiempo mi deseada venganza; estoy decidido y he adelantado mucho para que pueda retroceder. Tengo bien tomadas mis precauciones. Tomás está tan interesado como yo en que el secreto de este crimen no se trasluzca jamas, y el golpe terrible que los ha de aniquilar, será dado muy pronto, sí, muy pronto.... No sé lo que siento dentro de mi corazón cuando pienso en esto.

Volvió a sentarse en el sillón, y despues de un largo silencio exclamó prorumpiendo en una carcajada convulsiva.

—Es un gran placer el de asesinar a los que se odia sin que estos conozcan la mano que sepulta el puñal en sus entrañas; es un gran pla-

cor, un gran placer! Mi plan ha sido bien concebido y será mejor ejecutado, porque Tomás lo entiende, merece mi confianza, es activo, y su corazón es el de un tigre, sin piedad, sin compasión. La sangre de las víctimas que ha sacrificado su mano podía formar un río en que se ahogara, y a pesar de esto jamás le ha atormentado el más pequeño remordimiento; Tomás es el hombre que necesito, el hombre que por un puñado de oro incendiaría una ciudad entera y mataría a sus habitantes; es mi hombre, mi hombre; el mismo Lucifer me le ha enviado.

Rióse de nuevo, con la risa de un réprobo, y continuó en su soliloquio.

— ¡Por el demonio! exclamó dando un golpe sobre la mesa, que si llega a vivir alguno de esa familia maldecida, ha de renegar de sí mismo al amanecer de cada nuevo día, porque entonces conocerá lo que son los hombres, sus amistades y sus protestas de cariño. Cuando estén en la miseria, no tendrán amigos, no hallarán una mano que estreche las suyas, ni una boca que se abra para pronunciar en sus oídos palabras de consuelo. Así los quiero yo ver, así, para gozar con sus tormentos, para reirme de los desprecios que los den. Y si *él* y *ella* llegasen a implorar mi compasión, yo los mandaría echar por mis criados a la calle, como si fueran unos vagamundos, unos perdidos. . . . ¡Ah! ¿Será cierto que tendré este placer? ¿Será cierto? ¡Sí, sí! todas las precau-

nes están tomadas para que así sea. El mismo D. Enrique me ha servido admirablemente, como si estuviera en el complot. ¡Será el diablo quien le mandó la idea de reunir sus fortunas y retirarse de todo punto de los negocios? Sí, el diablo, el mismo diablo fué. Y sé donde lo tiene; en oro y en letras; todo junto, todo. ¡Pobre viejo que te entregas en mis manos! ¡Pobre viejo! Ja, ja, ja!

Detúvose repentinamente, porque al repetir el eco su tremenda carcajada, parecióle que algún ser infernal se reía de su plan horriblemente ideado; cuando estuvo mas sereno continuó en voz baja y con gozosa expresión.

—Mañana salgo para Madrid, mañana mismo, y pasados dos dias, cuando ya esté lejos, entonces Tomás ejecutará mis órdenes; estoy seguro que lo hará tan bien como yo lo haria: tal vez mejor. ¡Es mucho Tomas este! Yo le premiaré dignamente, yo....

Abrióse una puerta que habia en el fondo de la estancia, y asomó por ella el mismo criado cuyo nombre repetia el hombre de la bata color de caña, el mismo Tomás que tantos elogios habia merecido de su boca.

—¿Eres tú? exclamó mirándole con ojos espantados, ¿quién te ha llamado? A qué vienes?

—Vengo a avisar a V. que D. Genaro su primo ha preguntado por V., señor.

—¿Genaro? ¿Está ahí Genaro? ¡Oh! que

entre, que entre; en mi casa no hay antesalas para mi querido primo. ¿Lo entiendes, Tomas? dijo sonriendo con sarcasmo.

—Si, señor, contestó el criado sonriendo tambien.

Un momento despues, el esposo de Calixta entraba en la habitacion de su primo Jacobo. Esté le recibió con estremada amabilidad.

—¿Cómo están D. Julian y D. Enrique? preguntó con interés.

—Buenos, contestó Genaro.

—¿Y tu esposa?

—Buena tambien: el que tenemos bastante enfermo es al niño, que no cesa de llorar. Su madre y sus ábuelos están inconsolables, porque ya creen que se les va a morir, ¡tanto es lo que le quieren!

—¿Ya! ¡es natural! ¡Pobrecillo! Amigo, esto es lo que resulta cuando no hay mas que un heredero, ¿estamos? dijo sonriendo con una especie de cariñosa malicia.

—Lo peor es, contestó Genaro sonriendo tambien, que pronto se aumentará la familia, segun Calixta me ha dicho.

—¿De veras? ¡cuánto me alegro! exclamó Jacobo mientras latia de rabia su corazon. ¿Con que tan feliz eres, Genaro?

—Qué quieres: no habian de ser todo pesares; bastante he sufrido al perder parte de la fortuna de mis hijos. Dios quiere recompensármelo de otro modo.

—Es verdad, dijo Jacobo con intencion, fia siempre en Dios, que Dios es justo.

Guardaron silencio por un momento, y rodó luego la conversacion sobre los franceses y el cautiverio del Rey Fernando; sobre los partidos y desgracias que afligian a la patria. Genaro y Jacobo, como si fueran dos íntimos y queridos amigos, discutian con calma y amabilidad, hasta que, levantándose el esposo de Calixta, y tendiendo la mano a su primo, le dijo:

—Solamente he venido a despedirme de tí ahora, porque mañana no podré. Te deseo un viage feliz, y que te diviertas mucho en Madrid. ¡Madrid! repitió suspirando; cuántos dias felices he pasado allí! Toma, añadió sacando del bolsillo un paquete de cartas: te las habia prometido y tengo un placer en cumplir mi oferta. Esas cartas te proporcionarán amistades sumamente apreciables, y que te pueden ser muy útiles para conseguir el objeto de tu viage.

—Gracias, contestò Jacobo sonriendo de un modo incomprensible. ¡Gracias!

—Adios, adios, repitió Genaro abrazándole.

—Si puedo, iré antes de marchar a ver a tu padre, a D. Enrique y a tu esposa; si no, cumple con ellos de mi parte.

—Estás dispensado, Jacobo.

Cuando el hijo de D. Julian salió de la casa de su primo, hizo sonar este la campani-

lla de plata y apareció el criado Tomas.

—Escucha, exclamó Jacobo apretándole el brazo con fuerza; mañana por la mañana salgo para Madrid. Al otro dia por la noche, mi venganza se ha de realizar, ¿entiendes?

—Entiendo, contestó con ronca voz. ¿Y el premio será....

—Ya te lo he dicho otra vez; si lo haces a mi gusto, si no se salva nada ni nadie, el premio de tu trabajo será mi hermosa casa de campo, ya sabes. Ahora, si titubeases, si....

—No hay cuidado; Tomás no es ningun niño, ni tiene miedo como una muger. Yo mereceré esa casa de campo tan deseada, la mereceré.

—Verémoslo. ¿Tienes tomadas tus medidas?

—Sí, señor.

—¿Has tomado bien tus precauciones para que jamás descubran quién es el autor de tal crimen?

—Sí, señor.

—Estás seguro que no fallará nuestro proyecto?

—Lo estoy, señor.

—Pues bien: mira como te manejas, porque en este juego arriesgas nada menos que la cabeza, ¿lo sabes?

—Lo sé: no hay cuidado: yo respondo del éxito.

—Vete ya, dijo Jacobo con imperio.

—Cuando el criado salió de la estancia, rió-

se a aquel hombre, pero con una risa sorda y convulsiva, capaz de causar espanto á los mismos espíritus infernales.

— ¡Oh! dijo con ronca voz; nadie sospechará en mí, nadie, porque hará dos dias que estaré camino de Madrid. Nadie podrá imaginarse que yo soy la mano que da impulso a la máquina, que soy el principal autor del crimen. ¿Quién lo habia de imaginar en el excelente sobrino de D. Julian, en el buen amigo de D. Enrique, en el querido primo de Genaro y Calixta? Bah, bah! no hay que tener recelo de que tal suceda, dé que todo se descubra. Para esto he estado trabajando tres mortales años, fingiendo una reconciliacion, una amistad que no sentia, sonriendo alegremente cuando tenia hiel en mi corazon. ¡Genaro y Calixta! ya llegó la hora de mi venganza y de vuestra perdicion: ya llegó el momento en que se dé a conocer el hombre a quien habeis ofendido. ¡Ay de vosotros!

Callóse por un momento y volvió a leer las cartas que habia guardado en los bolsillos de la bata, antes de entrar Genaro. Luego, como asaltado por una idea repentina, cogió un sombrero, se puso la levita y salió a la calle.

¡Iba en busca de Teresa, la criada de confianza de Calixta!

Al dia siguiente, a las seis de la mañana, salia de la ciudad la diligencia para Madrid. Entre los viajeros que iban a la corte, distin-

guíase por su palidez y su ademán pensativo, el primo de Genaro, Jacobo, el antiguo amante desdeñado de Calixta. Sacó su cabeza por una de las ventanillas del carruaje, y con disimulo hizo una señal sumamente espresiva a un hombre embozado en una capa parda, que estaba arrimado a un árbol, sin que se le vieran mas que los ojos. El hombre contestó a la señal con la misma rapidez y disimulo que fué hecha.

La diligencia siguió su camino.



UNICAMENTE los que la han perdido pueden comprender la felicidad que se disfruta cuando se vive en medio de su familia, rodeado de objetos queridos, que gozan con nuestras palabras, se alegran si sonreímos, y nos asisten y consuelan con cariño si estamos postrados en el lecho del dolor, ó si amargas penas atormentan nuestro corazón. Unicamente el que la ha perdido puede apreciar en su justo valor esa dicha inestimable, esa ventura infinita, cuyo precio no todos comprenden, porque hay gentes en el mundo que nunca gozaron semejante felicidad. En aquellas reuniones de familia el corazón disfruta de inefable contento, la boca sonríe, los ojos brillan de placer, porque se tiene en rededor una madre querida, un padre a quien se ama y respeta, hermanos y parientes que nos son caros, y a quienes estimamos sinceramente. Entonces,

aunque no se posean grandes riquezas, no se echan tampoco de menos, y se bendice á Dios por la ventura y la tranquilidad con que favorece a sus criaturas.

Tambien Calixta le bendecia, a pesar de que tres años antes llevára un golpe terrible su fortuna y la de su esposo; tambien Calixta le bendecia, porque aun habia para ella dicha y tranquilidad en el mundo, felicidad suprema que debia a Dios.

Es cierto que no habitaba ya la magnífica casa de otros dias, que el oro, la plata, las ricas colgaduras de seda y los grandes espejos no adornaban sus habitaciones, es cierto que no tenia espléndidos salones á su disposicion, que no reunia en torno suyo á la escogida concurrencia que asistia á sus grandes bailes y suntuosas tertulias, es cierto que no recibia las protestas de amistad y cariño de tantos personajes, pero en cambio vivia feliz en el seno de su familia. Calixta, en medio de sus padres y de su esposo, con su hijo Genaro en la cuna, sonriéndola como agradecido, era, si cabe, mas feliz que en sus dias pasados, cuando una sonrisa ó una palabra suya se recogia con agradecimiento infinito. Ciertamente no habia dejado de notar que muchos de los que se decian sus amigos no continuaban visitándola a ella y a su padre despues del quebranto que habia sufrido su fortuna, mas para la hermosa no tenia esto nada de particular, porque a pesar de su elevada posicion, a pesar de sus

riquezas y de las lisonjas que se la habian prodigado, no habia dejado de estudiar a los hombres y apreciarlos en su justo valor.

Por eso no estrañó que casi nadie continuara visitándolos, por eso no estrañó que insensiblemente se fueran retrayendo de frecuentar su habitacion los que con mas ahinco acudian a sus diversiones en la antigua, magnífica casa. Y sin tantas visitas y atenciones, Calixta era feliz, en medio de su esposo, de su padre y del honrado don Julian.

La noche del dia siguiente al en que la diligencia en que iba Jacobo saliera para Madrid, Calixta gozaba de una completa tranquilidad, aunque turbada por ligerísimos sinsabores. Era una habitacion bastante espaciosa, adornada las puertas con pabellones y cortinas blancas, que sugetaban dorados clavos romanos, y barras de hierro con grandes flechas y rosetones, dorados tambien. A un extremo de la estancia habia una cama con colgadura blanca en la que se veia acostado al anciano don Julian, cubierta la cabeza con un gorro blanco. A la cabecera de la cama estaba sentado Genaro, y a los pies se veia a Calixta, que leia una novela con bastante atencion. Entre los esposos, y arrimada a la cama, estaba una cuna, en la que dormia el niño Genaro, y que se movia continuamente impulsada por el pie de Calixta, que sin dejar de leer mecía a su hijo dormido. A corta distancia de este grupo se

veía una mesita de caoba, encima de la cual estaba un velon de metal, pintado de verde, a cuya luz leía el anciano don Enrique la vida del santo del día, en el año cristiano.

Hablaban don Julian y Genaro de los sucesos que llamaban la pública atencion, y discutian tranquilamente sobre el giro que iban tomando los asuntos del Estado; esplayábase el anciano haciendo reflexiones tristes sobre el porvenir, cuando oyeron la voz del sereno que cantaba las once, casi al pie de los balcones de la estancia en que se hallaban; don Enrique cerró en el acto su libro, quitóse los anteojos y se acercó á sus hijos.

—¿Lo habeis oido? dijo con dulzura; son las once de la noche, y hora es ya de recogernos; se pasa el tiempo sin sentir cuando se está bien entretenido. Es un buen libro el Año cristiano.

Calixta cerró la novela y la guardó en un bolsillo de su vestido. En medio de su sueño, lanzó el niño un ligero suspiro, se estremeció y luego abrió los ojos; la amorosa madre le dió un dulcísimo beso.

—Déjale, dijo Genaro, tiene calentura y no es bueno incomodarle. Pero mirale como se rie contigo, Calixta; parece que está diciendo que tus caricias no le incomodan nunca.

—Hijo de mi vida! dijo la madre con ternura, ¡hijo mio, hijo mio!

—Que es tarde ya, que son las once repetía don Enrique; á recogerse, á recogerse. Genaro, llama á Teresa y á Narciso para

que se lleven la cuna con el niño á vuestro cuarto. Debeis considerar que Julian tendrá ganas de dormir, y que ya es hora que le dejemos descansar. Llámale á Narciso y á Teresa, Genaro.

El jóven obedeció aquel mandato, y los criados vinieron para llevarse la cuna con la criatura dentro.

—Esperen ustedes, dijo Calixta cogiendo un pañolón de pelo que descansaba sobre el respaldo de su silla. Envolvió con él á su hijo y le tomó en sus brazos.

—Lleven Vds. la cuna sola, que yo llevaré á Genaro.

Los criados lo hicieron así.

—Buenas noches Julian, dijo don Enrique encendiendo una vela que estaba en una palmaria de p'atina; que duermas bien, que descanses y que amanezcas restablecido.

—Espero que así será, contestó don Julian; esto no ha sido mas que una pequeña indisposicion que debe desaparecer pronto. Buenas noches, Enrique.

—Adios, hijos, hasta mañana si Dios quiere, repitió don Enrique.

—Si Dios quiere, dijeron á un tiempo Calixta y Genaro.

Don Enrique salió. Los esposos encendieron otra vela á la llama del velón de quinqué de metal pintado de verde.

—Buenas noches, padre, dijo Genaro besando la mano de don Julian.

—Hasta mañana si Dios quiere, padre, añadió Calixta.

—Adios, hijos, adios. Mira, Calixta, déjame dar un beso á Genarillo.

La madre se inclinó con su hijo en los brazos, y el anciano don Julian le besó suavemente. A pesar de esto, el niño lloró con aquel beso.

—Hé, hé, hé, calla, hijo mio; hé, hé, hé, calla, calla, por Dios, decia Calixta cantando, paseando y haciéndole caricias. Genaro la llamó y saludando de nuevo a don Julian salieron de aquel aposento para retirarse al suyo.

No habia ahora en la alcoba nupcial el casi regio aparato con que estaba adornada cuando Calixta se unió á Genaro, en los tiempos de riqueza y suntuosidad que acaso para siempre habian pasado, pero notábase aun bastante lujo en ella, y un gusto en los adornos, tal órden en su colocacion, que revelaban á primera vista ser aquel el templo de la verdadera felicidad. Las colgaduras del lecho no eran de damasco encarnado con flecos de oro, sino de blanca muselina con guarniciones de encaje, pero de tan elegante hechura, con tanto primor formadas, que hacian un golpe de vista admirable.

Al costado de la cama estaba la cuna del niño Genaro, que fué á ocuparla desde los brazos de su madre.

Una hora despues, á las doce, todos dormian en aquella casa, y el silencio mas profun-

do reinaba por las calles de la ciudad, silencio que de vez en cuanto turbaban los gritos de los hombres que velaban cuidando los intereses de todos.

Sería la una de la mañana cuando repentinamente se levantó un furioso viento, que hacía retemblar los cristales de las casas. Abrióse con precaución la puerta principal de la en que habitaban don Enrique, don Julian y sus hijos, y salieron por ella un hombre y una mujer, aquel envuelto en una capa de paño pardo, y esta en el propio pañolón de pelo con que Calixta abrigaba dos horas antes á su hijo.

Salieron aquellas dos personas, y cerraron con llave la puerta, perdiéndose luego por las angostas calles, evitando cuidadosamente ser vistas de los serenos, y entrando por fin, en la misma elegante casa donde dos días antes vivía Jacobo, el viajero de Madrid, y que ahora habitaban sus criados. ¡Aquel hombre y aquella mujer que salieron de la casa de don Enrique y sus hijos, eran Tomás y Teresa, los cómplices de Jacobo, que acababan de cometer un horrendo crimen!

Ajenos estaban Genaro y Calixta de la desgracia que los amenazaba, ajenos estaban de creer que cuando se acostaron con tanta tranquilidad y ventura, solo volverían á abrir los ojos, uno para llorar eternamente, otro para cerrarlos para siempre.

En medio de su profundo sueño no se figurarían sin duda los jóvenes esposos, que les es-

taba esperando una repentina transición, la mas cruel, la mas terrible de las desventuras. Gritos espantosos resonaron en las calles de la ciudad repentinamente, y fuertes golpes dados en la puerta de la casa de don Enrique despertaron á este anciano primero que á ninguno otro de los que la habitaban. Saltó del lecho asustado y corrió a la puerta de su aposento, pero con la mayor sorpresa encontróla cerrada con llave, y rota en el agujero de la cerradura la punta de un puñal. Por mas que el anciano forcejaba, por mas golpes que dió en la puerta, nada consiguió, porque eran muy débiles sus fuerzas contra las gruesas piezas de roble que se oponian, á sus deseos; don Enrique se desesperaba, pero aun ignoraba lo terrible de su situación.

En tanto, el silencio de la ciudad habia desaparecido á los gritos de "fuego, fuego," que lanzaban los serenos. Precipitábase por las calles hombres honrados mezclados con los pillos que se aprovechan de tales ocasiones para hacer mas desgraciada la situación de las víctimas del devorador elemento; poníase la tropa sobre las armas; arrastraban las bombas por las calles que conducian al lugar del incendio, y todos los habitantes abandonaban el lecho, aterrados por aquellos gritos desconso- ladores, por aquella animacion de [mal agüero. Agolpábase el pueblo en rededor de la casa de don Enrique, y cien brazos se empleaban en destrezar la gruesa puerta, forrada de planchas

de hierro, y adornada de grandes clavos de bronce.

Por encima del tejado de aquella casa, veíanse espesas nubes de humo, entre las cuales revoloteaba un torbellino de chispas, y aun de vez en cuando asomaban por algunos sitios llamaradas que salían del centro del edificio. La casa de don Enrique, la habitación de Calixta y Genaro, ardía de un modo horrible. ¡Desgraciados! A pesar de los esfuerzos de los habitantes honrados, no cedia la fortísima puerta y no habían podido penetrar en la casa ninguno de los que corrían á socorrer á la desventurada familia.

A los gritos de la multitud, habiáanse despertado Genaro y Calixta, y corrido á abrir uno de los balcones para saber la causa de aquella novedad á hora tan intempestiva. Pero notaron con sorpresa que el balcón resistía á sus esfuerzos, que no podían abrírle, que estaban clavadas, en fin, las puertas. Entonces pareciólos que sentían un calor inmenso, sofocante, oyeron los golpes que daban á la puerta principal, y los tremendos gritos de "fuego, fuego" resonaron en sus oídos. Genaro y Calixta se miraron, se comprendieron y se abrazaron estrechamente; luego corrieron hacia la cuna de su hijo, y se precipitaron con él á la puerta de su aposento....

¡Oh! ¡Cuál fué su angustia, su terrible dolor al ver que estaba cerrada! ¡Cerrada! aquella puerta que entre diez hombres no podían

romperla; ¡cerrada! y además rota la punta de un cuchillo en la cerradura, como sucedía en el aposento de don Enrique. Genaro pateaba de furor, lloraba de desesperación; el niño daba agudos gritos, y la hermosa Calixta, pálida como un cadáver, habiase arrodillado con su hijo en los brazos, implorando la divina misericordia, pero solo con el pensamiento, porque el terror no la permitía desplegar los labios. ¡Había conocido que su casa estaba ardiendo, que todo lo que amaba en el mundo estaba próximo a perecer en un suplicio horroroso, porque estaban presos, encerrados en su mismo aposento, condenados á morir entre las llamas que devoraban los restos de las inmensas riquezas que poseyeran otros días.

Genaro sintió que la cabeza se le trastornaba, oprimiósele el corazón, y cayó sin sentido á los pies de su esposa y de su hijo. Calixta lanzó un agudo grito y perdió también el conocimiento.

El niño cesó de llorar.

Los que golpeaban sin parar á la puerta principal de la casa, viéronla, por fin, ceder á sus esfuerzos, viéronla titubear, viéronla caer, pero cuando iban á entrar inmensas bocanadas de llamas les impedían llevar adelante su generoso designio. No obstante, los mas jóvenes, los mas atrevidos, no se arredraron por ello, sino que sabiendo que ninguno de los que habitaban la casa había salido, penetraron por entre aquellas murallas de fue-

go, buscando la parte del edificio donde se habian oido agudos gritos. Los pillos y los malos entraron tambien por medio del fuego, pero no iban á salvar á sus semejantes, sino á robar cuanto podian en aquella horrible confusion.

Cuando los que habian penetrado en el centro del edificio volvieron a salir, sacaron entre sus brazos el cadáver de don Julian, y sin conocimiento, casi sin vida, a Genaro, Calixta, don Enrique y el niño.

Un cuarto de hora despues, el edificio era un inmenso monton de escombros, sin que nada, absolutamente nada se hubiera salvado. Tratóse de evitar que el fuego se propagase en los demas edificios, y se consiguió, a pesar del viento impetuoso.

Pero los restos de la fortuna de Genaro y Calixta habian desaparecido.

El pueblo estaba aterrado con aquella desgracia.



VI.

Por mas diligencias que practicó la policia, por mas resortes que movió para averiguar quiénes fuesen los autores, ó autor, de aquel incendio, ó á qué casualidad se debia atribuir, nada pudo sacar en limpio, tanto por lo intempestivo de la hora a que principiara, cuanto porque despues de semejante desgracia no habiau parecido ni Teresa ni Narciso, los criados de la casa, que generalmente se creia habian perecido entre las llamas.

Durante ocho dias hablóse en las tertulias, en todas las reuniones de la ciudad de semejante acontecimiento, mostrábase algun interes por los que habian sido victimas de él, pero un interés tibio, estéril, un interés que casi rayaba en indiferencia. De todas aquellas personas que cuatro años antes parecian estimar tanto a don Enrique y su hija, con cuya amistad se honraban, no hubo una sola que en la hora del infor-

tunio se acercase a los desgraciados y lostendiese una mano de consuelo y proteccion, no hubo una sola que, en vista de su terrible desventura, abriera la puerta de su casa ofreciéndoles su amparo, su socorro en la miseria, porque miserable, de todo punto miserable habia quedado aquella familia, antes tan poderosa, tan envidiada, tan feliz. Despues del desfalco que habian tenido sus fortunas por efecto de las quiebras de la Habana y Lóndres, don Enrique se habia empeñado en retirarse de los negocios y vivir tranquilamente con su familia, hasta que los revueltos tiempos presentasen un aspecto mas alhagüejo. Habia reunido los restos de su inmenso capital, y convenció a su amigo don Julian a que hiciera lo mismo, de modo que los ancianos tenian, en oro y en papeles, cuanto poseian en el mundo, y lo tenian en la misma casa que habitaban, en la misma casa que habia sidopasto de las llamas, sin que se hubiera podido salvar nada.

Por eso aquella desventurada familia habia pasado de la opulencia a la miseria, de la felicidad a la mas amarga desventura. Nadie, se acordó de ellos, nadie les abrió los brazos ni consoló su dolor.

Habian pasado quince dias y quince noches despues de aquella tan horrorosa, tan fatal para Calixta y su familia. En un miserable cuarto de una vieja casa, situada en uno de los arrabales de la ciudad, estaban tendidos en pobres camas, dos hombres de distintas edades,

anciano el uno y joven el otro, con los rostros desfigurados, cubiertos de heridas, repugnantes. En una silla de madera ordinaria veíase sentada entre las dos camas una muger joven y hermosa, pero muy flaca, muy pálida, los ojos hundidos, clavados con tristeza sobre el rostro mutilado del mas joven de los enfermos. Sobre las mejillas de aquella joven, notábanse huellas de lágrimas recientes, señales ciertas de la mortal tristeza, del infinito dolor que atormentaba su corazón. Tenía en los brazos una criatura envuelta en un pedazo de paño azul, y cubierta la cabecita con un pañuelo blanco de algodón. El vestido de aquella muger era de percal oscuro y ordinario, y un pañuelo nada nuevo cubria su pecho mientras ocultaba sus cabellos otro pañuelo blanco.

Miraba aquella muger fijamente y con tristeza al joven enfermo, que con los ojos cerrados, y sin hacer movimiento alguno, no podia ver la solicitud con que le contemplaban. De pronto el enfermo anciano lanzó un grito seco, lúgubre, como si fuera el último suspiro de un moribundo, y aquella muger se inclinó sobre el lecho, y murmuró la palabra "padre" sin obtener contestacion.

— ¡Dios mio, Dios mio! exclamó con angustia y apretando al niño obre su corazón.

— El inocente, al recibir semejante demostracion de cariño, empezó á llorar. Entonces aquella muger le besó con delirio repetidas ve-

ces, le abrazó y unió sus lágrimas á las de la criatura.

—Calla, hijo mio, calla, repeta sollozando, calla por Dios, Genaro mio, mi vida, mi consuelo, ángel querido. ¡Ah! 'esclamò enjugando repentinamente las lágrimas al sentir pisadas cerca de aquel cuarto; tal vez es el médico: tal vez habrá algun consuelo para mí.

Abrióse la carcomida puerta y un hombre grueso, pero de aspecto bondadoso, se presentó en ella.

—Es usted? dijo aquella muger levantándose repentinamente de la pobre silla de pino y acercándose al hombre grueso; venga usted, venga usted y veálos, y dígame si no hay ya esperanza de felicidad para mí en la tierra.

El médico se acercó a las miserables camas, examinó á ambos enfermos, y movió los ojos con tal tristeza, que la jóven rompió á llorar sin consuelo. Luego contuvo su llanto, miró al doctor y procurando aparentar serenidad le dijo con voz débil.

—Señor.....

—¡Ah! señora.....

—Dígame usted si al menos me queda alguna esperanza, algun consuelo, digamelo usted.....

—Señora, señora.....

—¡Conque ninguna!

—Ninguna, contestó saltándosele las lágrimas.

La jóven madre no lloró, pero con un movimiento convulsivo apretó otra vez a su hijo sobre su corazon, y el niño gritó de nuevo. Aquella muger se sentó en la silla, mas pálida que un cadáver, y el médico enjugando sus lágrimas, salió de la miserable estancia sin decir una palabra.

La muger y el niño eran Calixta y su hijo; los enfermos, don Enrique y Genaro, cuya vida se debía extinguir muy pronto, segun el pronóstico del médico.

Anocheció, y una muger jóven, de aspecto bondadoso, entró en el miserable aposento, llevando en la mano un candil encendido.

—Buenas noches, doña Calixta, dijo al entrar.

Y colgando el candil de un clavo, continuó:

—¿Cómo siguen los enfermos?

—Mal, Ramona, muy mal, contestó con voz débil la desgraciada jóven.

—¿Vino el médico?

—Sí, ha venido.

—¿Y qué?

—Que no hay esperanza, exclamó sollozando.

Guardaron ambas silencio por un momento, hasta que Ramona dijo:

—Señora, deme usted el niño, le llevaré al otro cuarto, y usted estará mas descansad; y diré á Juan que venga á acompañar á usted.

Calixta besó á su hijo y se le dió a Ramona, quien salió con él de la miserable alcoba. Entonces la desventurada jóven ocupando de nuevo la vieja silla de madera, dejó caer sus brazos y se puso á contemplar con angustia, ora á uno ora á otro de los enfermos, sin que ninguno de ellos pudiera corresponder á sus tristes miradas.

Y así se pasaron dos, tres horas, contemplándolos silenciosa, mientras los desgraciados no podían ver la desolacion que estaba retratada en el semblante, hermoso aun, de aquella mujer.

Serían las doce de la noche cuando el mas jóven de los enfermos abrió los ojos y los clavó con angustia en los de la hermosa que en otros tiempos escitaba la envidia general. Movié los labios como si quisiera hablar, pero de su boca no salió mas que un sonido en extremo débil y confuso, cual si fuera un suspiro ó una oracion. Calixta se inclinó sobre él para ver si podia adivinar lo que decia, pero la cabeza del desventurado tornó a caer sobre la miserable almohada en que anteriormente descansaba, sus ojos se volvieron a cerrar y alargó la mano, buscando la de su esposa, que apretó débilmente entre la suya. Calixta sofocó un grito que estaba próximo á salir de sus labios.

—Genaro, dijo en voz baja, Genaro mio, ¿sufres? ¡Oh! mírame, mírame, Genaro; dime que estás mas aliviado, dímelo.

El esposo quiso levantar la cabeza, quiso

abrir los ojos, pero no pudo. Calixta sintió un frío repentino en la mano que tenía entre las suyas, sintió quella hacía un ligero movimiento, y que luego cayó fuera de la cama.

—¡Ah! exclamó desesperada; Genaro, esposo mio, mi querido.... Genaro, Genaro, ¡Dios mio! ¡Oh, Dios mio!.... ¡Muertol, gritó con angustia, precipitándose sobre el cadáver de su esposo. Cogió sus manos, las besó, lloró sobre ellas, y se arrodilló sollozando, mientras su cabeza descansaba en el extremo de la miserable cama. Luego se levantó, le abrazó repetidas veces, y cayó sin sentido, resonando sobre el piso de madera del cuarto el golpe que dió con su cabeza.

Y allí quedó sin movimiento, casi sin vida, entre aquellas dos camas mas que pobres, sola y desamparada, sin que nadie corriera en su auxilio, aquella muger que cuatro años antes era la mas hermosa y la mas rica de la ciudad, aquella muger ante quien sonreían los nobles y los ricos, los militares de alta graduacion y aun las primeras dignidades de la iglesia. Allí quedó, en aquel pobre cuartucho, la que en otro tiempo habitaba una magnífica casa, adornada con asiático lujo, servida por numerosos criados de ambos sexos. Allí quedó, perdido el conocimiento, sin que tan desgarradora escena fuera alumbrada por otra cosa que la débil luz que despedía el candel de metal de la caritativa Ramona.

En una cama estaba un cadáver: en la o-

tra un hombre anciano, en los últimos instantes de su vida y que se llamaba D. Enrique.

Calixta se movió ligeramente: del lecho de D. Enrique salió un suspiro sumamente débil: la mecha del candil chisporroteó un momento, y como la grasa se había consumido de todo punto, osciló la triste llama dos ó tres veces y se apagó por fin.....

El miserable cuarto quedó enteramente a oscuras, y el silencio mas profundo, mas triste, mas desgarrador, reinó en él.....

Al dia siguiente, muy temprano, cuatro hombres sacaron de aquella casa dos cadáveres en otras tantas cajas de los hermanos de la Caridad, y sin acompañamiento ninguno los llevaron en dos viajes al cementerio general. Cuando sacaron el segundo, tropezaron con una muger que estaba llorando, a la puerta de la casa con un niño en los brazos. ¡Era la pobre y compasiva Ramona y el huérfano Genaro!

Al desaparecer los cuatro hombres con su carga, el niño lloró amargamente, como si conociera todo el lleno de su desventura, pero Ramona le besó, y logró que callara, diciendole con cariño. "Vamos a ver á mamá."

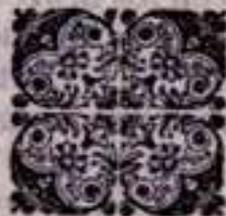
Entraron en la casa y se acercaron a una cama donde estaba una muger dormida, al parecer, ó sin conocimiento.

¡Esto último sería lo mas probable, porque aquella muger era Calixta!

Ramona y el niño la miraban con cariñosa

expresion, y ámbos tenían los ojos llenos de lágrimas, pero la criatura, cual si lo adivinara todo, no sollozaba, no arrojaba ni siquiera un ligero suspiro.

Calixta hizo un pequeño movimiento: abrió los ojos, miró al niño con ternura, y pronunció con voz débil el nombre de Genaro. Ramona se inclinó y puso el niño entre sus brazos; la madre le colocó sobre su corazon.



VII.

VIVEN en las ciudades ciertas gentes a quienes el nombre de aldea ó pueblo les inspira aversion, porque se horrorizan a la sola idea de pasar su vida lejos del bullicio atornador de las grandes capitales, retirados de las intrigas de sociedad, de los lances tan diversos que proporciona el mundo. Para semejantes entes sería la vida insoportable si no tuvieran teatros y paseos, grandes *soirées*, magníficas fiestas, días de campo, bailes, juegos, carreras de caballos y lances de amor. Así gozan, así viven, así ven deslizarse los días de su existencia y llegan a la vejez demasiado aprisa, sin que en medio de su aturdimiento, de su vértigo, hayan conocido la verdadera felicidad, la dicha inexplicable que se halla en la soledad de los campos, en la tranquilidad de la aldea, en medio de los sencillos lugareños, que sin cuantiosas riquezas y

sin ambicion ninguna, son mas felices que los grandes señores con sus montones de oro, sus ruidosas diversiones, sus brillantes y sus doradas carrozas.

¶ Si estos conocieran lo que desdeñan, si supieran la ventura que se halla en las aldeas, la dulce, tranquila felicidad que allí se goza, quizá envidiarían la dicha de los que llaman con desden ¡pobres lugareños! y apetecerían para sí lo que, sin conocerlo, promoviera su risa y sus burlas en otros dias.

Calixta habia llegado a creer que para elle no habia ya felicidad en el mundo desde el fatal momento en que perdiera a la vez un esposo idolatrado, un padre querido con estremo, y todos sus bienes de fortuna; creia que solo amargura y desesperacion la esperaban ya en la tierra, y hubiera recibido la muerte como un beneficio del Altísimo.

Pero las caricias de su pequeño Genaro la consolaron en tan amargo dolor, y los cuidados de Ramona la arrancaron de los brazos de la muerte, la volvieron a un mundo donde tantos desengaños habia recibido, donde habia tan poco tiempo vivia colmada de riquezas, rodeada de los objetos tan caros a de su corazon.

¶ Cuando Calixta se vió completamente restablecida de la cruel enfermedad que la ocasionaran las terribles pérdidas que habia sufrido, dió las gracias a Ramona, y la participó que pronto abandonaria su casa en com-

pañía de su hijo, porque no queria serla por mas tiempo gravosa. La sencilla muger la instó vivamente para que se quedase con ella, pero fué en vano, porque tenia ya formada su tal resolucion, y no acostumbraba a ceder una vez tomado su partido.

Retiróse, pues, con su niño Genaro a una aldea distante de la ciudad donde tanto habia brillado, y retiróse sin participar a ninguno de los que, en otro tiempo, se llamaban sus amigos semejante determinacion, porque no queria deberles ninguna clase de favores, no queria inspirarles una mezquina compasion. Únicamente Ramona supo el lugar de la residencia de Calixta; únicamente ella la acompañó a la aldea seis meses despues de la noche en que murieron Genaro y D. Enrique. Allí, en la soledad del campo, tranquilizóse su espíritu y se fortificó su razon, elevando a Dios sus pensamientos, pidiéndole mandase su proteccion sobre las víctimas de tantas desgracias.

Ademas del pequeño Genaro, Calixta tenia una hija, pobre inocente, nacida entre el dolor, y las lagrimas que derramaba su madre al recuerdo de la pérdida de un esposo tan querido, del padre que aquella criatura no reconoceria jamás. La habia puesto por nombre Clementina, y la amaba con el mismo extremo que a su Genaro, aunque nacida en bien distintas circunstancias.

Sin recursos para vivir, la buena madre

se acordó de las habilidades que la habian enseñado como un adorno en su educacion, y que ahora podian servirla para sostenerse decentemente ella y sus dos niños. Tomó, pues, su determinacion, y resolvió trabajar para comer, ganar con sus manos lo indispensable para el preciso sustento, porque ya en el mundo no le quedaban ningunos bienes, ni la mas mínima parte de la riqueza de otros dias.

Por eso en su pequeña pero limpia casita de la aldea, Calixta era una muger hacendosa y trabajadora, era una tierna madre que dejaba sus labores solamente para abrazar y besar a sus hijos, a las prendas queridas de su corazon. Los recuerdos del tiempo pasado asaltaban algunas veces su imaginacion, y conseguian que sus ojos se llenaran de lágrimas, pero la reflexion venia en su auxilio y una caricia de Genaro ó Clementina, hacian asomar otra vez la sonrisa en los hermosos labios de la buena madre.

Y así se pasaron uno, dos y mas años, restableciéndose de todo punto la calma en el corazon de Calixta, quien insensiblemente se fue acostumbrando a aquella vida tranquila y uniforme, a aquellos placeres puros que la proporcionaban los alhagos de sus hijos. Su hermosura era tan seductora como cuando se la rendia adoracion en los espléndidos salones de su padre, pero estaba empañada por una sombra de dulce melancolía, por una imperceptible espresion de tristeza que amortigua-

ba un tanto el brillo de sus hermosos ojos, haciéndolos mas seductores.

Aun apartada del gran mundo, de la elegante sociedad donde tanto habia figurado, Calixta llamaba la atencion por su belleza, por su inalterable dulzura, por el aseo y gusto que se notaba en su modesta casita y en sus sencillos vestidos.

Seis años habian pasado desde que perdiera a su esposo, seis años durante los cuales se tranquilizó enteramente en la soledad y el sosiego de los campos. Todo su cariño se habia reconcentrado en Genaro y Clementina: por ellos vivia, por ellos trabajaba, para ellos eran todas sus miradas de maternal amor, de inefable alegría: para Calixta no habia en el mundo nada mas que sus hijos.

Pero en la pequeña aldea existía un hombre que habia perdido la tranquilidad de su corazon admirando los atractivos de Calixta. Llamábase Vicente, y era hijo del labrador mas rico del pueblo, del mas honrado y querido. Amaba a la hermosa señora, pero la amaba en silencio, porque tan sobresaliente belleza le inspiraba cierto respeto, pues conocia que aquella muger que vivia en tan modesta habitacion, no habia nacido en su esfera, y que solo un capricho de la suerte podia haberla reducido a tener que trabajar para mantener a sus hijos. Por no herir su delicadeza declarándola su pasion, por no atreverse a decirla: "Yo amo a usted, seño-

ra: yo quisiera que usted fuera mi esposa," el hijo del rico labrador sufría en silencio, procuraba ocultar su pasión, contento por poder estar algunas horas al lado de la hermosa, porque Vicente visitaba la casa de Calixta mediante la amistad que había logrado inspirarla, haciéndola algunos favores.

Un día llegó Vicente, según costumbre, a las cinco de la tarde, y se había sentado cerca de la bella, hablando de cosas indiferentes, pero con juicio, con discreción y talento, porque Vicente no había tenido una educación descuidada. Las horas le parecían minutos al enamorado mancebo, que saboreaba con delicia el estremado placer que le causara el solo movimiento de los delgados labios de la que amaba, la mirada indiferente que algunas veces fijaba en él, por requerirlo la conversación. Un pequeño reloj de sobremesa dió las ocho de la noche, y, al oír semejante hora, levantóse el hijo del rico labrador para retirarse a su casa. Cuando se hubo despedido de Calixta, cuando Ramona cerró detrás de él la puerta de la casita, y se vió solo en mitad del campo, se detuvo a reflexionar sobre su situación y tomó una resolución definitiva.

—Es imposible vivir así, imposible, exclamó mirando al cielo; yo se lo revelaré todo, todo: la diré que no puedo vivir sin ella, que si quiere ser mi esposa me hará el mas feliz de los mortales, que seré el padre de sus hijos, y los

amaré como tal. ¡Oh! ¡Si me digera que sí! ¡Dios mío! ¡Qué felicidad!

Estremecióse de placer mirando la casa de Calixta; luego continuó:

—Estoy resuelto: mañana daré este paso; si me dice que no, no sé qué será de mí: si me dice que sí, bendeciré a Dios, y seré esclavo de esa muger adorable. ¡Hasta mañana! continuó mirando otra vez hácia la casa.

Y se dirigió a la de su padre: se acostó, pero no pudo dormir en toda la noche.

Eran las once de la mañana del día siguiente, cuando el jóven se acercaba pensativo a la casa de la que amaba. Estaba abierta la pequeña puerta pintada de verde, y enfrente de ella se veía desde la calle la limpia cocina, donde Ramona maniobraba a sus anchuras. Delante de la casa había un pequeño patio, en el que andaban revueltos conejos, gallos, gallinas con sus polluelos, y aun palomas y pichones, que jugaban tranquilamente al lado de sus demás compañeros. A la derecha de la puerta estaba la ventana del cuarto donde trabajaba Calixta, y a la izquierda, la que daba a su dormitorio, ambas cubiertas con persianas verdes, y embalsamadas con el aroma que despedían las preciosas flores que se veían en dos pequeños, pero bonitos jardines, al pie de cada ventana. El sol en todo su esplendor alumbraba esta escena de soledad y calma, y una brisa suave y deliciosa deslizabase entre las flores, bañando los apo-

sentos y la cocina.

Al acercarse Vicente a la habitacion de su amada, tomó una resolucion repentina y entró en la casa.

Estaba Calixta en su cuarto de trabajo, sentada delante de la ventana que cubria la persiana verde, por entre cuyos listones entraba la fresca y perfumada brisa. Delante de la hermosa veíase su bastidor, en el que tenia puesta una vara de tul blanco, perfectamente estirado, y diseñados en él flores y moldes de pañoletas de señora y gorritos de niño, que Calixta bordaba y los mandaba vender en la ciudad, sirviendo su producto para la subsistencia de sus hijos y la suya. Y cuando no bordaba en tul, hacia flores de papel y trapo, cordones de seda, plata y oro, bordados de felpillas ó lana, y cópias de láminas de mérito, que vendia muy bien en la ciudad. ¡La educacion que su madre la diera en el tiempo de la prosperidad, sirvióla admirablemente en la desgracia!

Entró Vicente en el cuarto, y saludó a Calixta, que le correspondió con atencion, extrañando su presencia a tales horas. No por eso dejó de bordar, sino que sostenia la conversacion, prosiguiendo en su trabajo. Mirábala Vicente con pasion, y se hubiera dado por contento con estampar un beso de fuego, no en el rostro de la bella, sino en aquella cabeza tan seductora, tan voluptuosamente linda. Su vestido era de percal blanco, sin ador-

no de ninguna clase, pero estremadamente limpio; en el cuello tenia puesto un ligero pañuelo negro de seda, y sus pendientes eran negros tambien. Sus cabellos castaños, estaban cuidadosamente peinados, y sujetos en el extremo inferior de la cabeza con un pequeño peine de concha.

Y aquel traje tan sencillo, tan pobre, realzaba de tal modo su hermosura, que a pesar de sus treinta años parecia una niña, y era imposible verla sin amarla, sin desear ser querido de tan peregrina belleza. Por eso Vicente la adoraba como no habia adorado hasta entonces mas que a Dios; consagrándola su vida, haciéndola árbitro de su felicidad!

En un extremo del cuarto de taabajo, jugaba Clementina con sus muñequitas de trapo, pero al entrar su amigo Vicente, corrió a hacerle caricias y a sentarse sobre sus rodillas, lo que hizo sonreír a Calixta.

Cuando el mancebo se fué animando, al recordar el objeto de su visita a aquella hora no acostumbrada, hizo un esfuerzo sobre sí mismo y con voz tímida declaró a Calixta su amo, y su deseo de llegar á ser su esposo. Apenas lo oyó la bella, soltó la aguja con que bordaba y se puso repentinamente en pie, con tal dignidad, con tan severo ademán, que Vicente maldijo interiormente el paso que habia dado.

Mas Calixta, como si se arrepintiera de a-

quel movimiento involuntario, se volvió a sentar con tranquilidad, y siguió bordando, pero sin mirar al mancebo. Así estuvieron un momento, hasta que Vicente notó que se desprendian algunas lágrimas de los ojos de aquella muger tan amada, y que caian en el suelo a través del blanco tul.

—Perdon, señora, perdon, exclamó el jóven con tristeza. Perdóneme V. si mi proposicion la ha ofendido; hace cinco años que amo a V. y no podia quedar mas tiempo lágrieste secreto en mi corazon. Yo siento que esas mas se derramen por mi causa, y juro que jamás volveré a importunar a V.

—Vicente, contestó Calixta alzando a él los ojos cubiertos de lágrimas; yo no tengo nada que perdonar porque V. no me ha ofendido con su proposicion; al contrario, amigo mio, yo agradezco esa oferta, que no puedo admitir, que no admitiré jamás, ni de usted ni de hombre alguno. Estas lágrimas no las derramo por haber oido las palabras de V., no: son consagradas a la memoria del padre de mis hijos, a los tristes recuerdos de otros dias. Pero es necesario, amigo mio, que V. renuncie a ese plan, por que nunca podré acceder a él, nunca.

—Déjeme V. siquiera una esperanza, señora; una sola esperanza, y seré feliz.

—Imposible, Vicente, imposible: esa esperanza no puedo concedérla, porque nunca se realizará.

—Bien, dijo el jóven con tristeza levantándose y soltando a Clementina; no volveré a importunar a V. con mis quejas. Adios, señora, adios, tal vez para siempre.

Y se dirigia hácia la puerta.

—Mamá, gritó la niña; dí a Vicente que se quede, díselo, mamá.

—/Hija mia/ exclamó Calixta abrazándola y llorando, ¡si pudieras apreciar lo que dices! Adios, continuó dirigiéndose al jóven que estaba ya en la puerta; yo seré siempre buena amiga de V. Vicente.

—¿Nada mas que amiga, señora, nada mas?

—Otra cosa es de todo punto imposible.

Vicente saludó de nuevo, y salió de aquella casa donde había entrado con bien risueñas esperanzas que veía destruidas. Calixta enjugó sus lágrimas y se sentó otra vez delante del bastidor. La niña Clementina siguió jugando con sus figuritas de trapo, despues de correr a la puerta de la casa para ver otra vez a su amigo Vicente, y gritarle desde allí "adios" con su vocecita de ángel.

Un momento despues entraba por la puerta del cuarto de trabajo un nuevo personage. Era un niño de nueve a diez años, bastante alto y robusto, de hermoso rostro y ojos espresivos. Traia sujeta a la espalda con un cordón de seda negra, una cartera ó bolsa de badana, tambien negra, con cintas de seda amarilla en las costuras. Las manos lastenia ocupadas con dos ramos de hermosas flores, y en la cabeza lle-

vaba una cachuchita de paño azul, adornada con un galon de seda amarillo. Su vestido era sencillo, pero muy limpio.

Al ruido que hizo, Calixta levantó la cabeza, le vió y corrió hácia a él gritando.

— ¡Hijo mio! ¡Genaro! ¡Pues qué hora es que ya has salido de la escuela?

— Son las doce, mamá, contestó el niño sonriendo.

— ¿Y has sabido la leccion? ¿Te aplicas mucho? ¿Haber, haber la plana que has hecho hoy?

— Aquí está, mamá, dijo buscando en la cartera ó bolsa un pliego que presentó a su madre.

— Vaya, no está mal, no está mal; así me gusta, Genaro; tú eres un buen muchacho, que no quieres perder el tiempo.

Y le besó con amor en la frente.

— Tome V., mamá, dijo el niño; traigo para V. este ramo de flores, y este otro para Clementina. El de V. es el mas bonito, ¿verdad, mamá?

La madre por toda respuesta le volvió a besar, y colocó entre el pañuelo el regalo de su hijo. Clementina recibió el suyo, pero se puso a jugar con él, y pronto ya no ecsistian mas que sus despojos.

— Mamá, dijo el niño Genaro sentándose cerca de Calixta, al venir de la escuela encontré a D. Vicente, el hijo de D. Jaime, que me abrazó y me besó muchas veces. Parecía que

estaba muy triste, ¿que tendrá?

— No sé, contestó la madre. Estudia la lección de mañana, porque no se debe malgastar el tiempo.

El niño sacó su gramática y se puso á estudiar.

Dos horas despues la madre y los dos niños se sentaban a la mesa, sirviéndoles Ramona. Parecia que Calixta estaba mas triste que otros dias.

Y pasada una semana supo que Vicente, el hijo del rico labrador D. Jaime, habia marchado a la corte, a comprar una charretera, porque queria servir al rey, sin que nadie pudiera adivinar el motivo de semejante determinacion.

VIII.

En una mañana del año de 183... a pesar de ser mas de las once, estaban cerradas la puerta de la casa de Calixta y la ventana del cuarto donde casi siempre se ponía a bordar ó a hacer las labores de mano con cuyo producto vivía un tanto feliz y contenta, sin mendigar favores de nadie. Estaban cerradas aquella puerta y aquella ventana, pero se veía abierta la que pertenecía a su dormitorio, y asomaba por ella la graciosa cabeza de una jovencita como de quince años de edad, en cuyo rostro, blanco y sonrosado, se notaba una inquietud mezclada de cierta espresion de tristeza.

En rededor de aquella casa veíanse los mismos objetos de otros dias, las mismas gallinas con sus polluelos en el patio delante de la puerta, las mismas bellas y fragantes flores en los jardines al pie de las ventanas, el mismo aspec-

to de ventura y dulce tranquilidad.

Pero no se divisaba la cocina y a Ramona traginando en ella, no estaba Calixta sentada al bastidor y bordando sus gorritos ó pañoletas, no parecía que dentro de la pequeña casa se disfrutase la dicha de otros días.

La hermosa jóven que estaba asomada a la ventana del dormitorio de Calixta, corrió la persiana y se sentó tristemente mirando de cuando en cuando por entre las barras a la parte de a fuera, como si esperase con impaciencia la venida de alguna persona.

Contemplaba con tristeza a la jóven una señora como de cuarenta años de edad, bastante gruesa, pero de magestuosa presencia, vestida de blanco, con un pañolón negro en el cuello. Estaba sentada a la cabecera del lecho que se veía en aquella estancia, y sus melancólicas miradas se encontraban con las de la jóven, como si la hiciera alguna pregunta, obteniendo por toda contestacion un respetuoso silencio.

Levantóse de su asiento la señora de los cuarenta años de edad, y acercándose a la ventana, corrió de nuevo la persiana y miró con sumo interés hácia la parte del pueblo donde estaba situada la casa en que celebraban sus juntas los labradores, que, presididos por el alcalde, componian el ayuntamiento de la aldea. Miró hácia allí y exclamó con tristeza:

—Aun estará allí: aun no sabrá su suerte.

—Mamá, dijo la jóven con cariño, Dios ha de querer que salga libre, porque nosotras se lo hemos rogado, y V. me ha dicho siempre que Dios concede cuanto se le pide con fervor. No se aflija V., mamá, que mi hermano no seseparar á de nuestro lado.

La señora hizo un gesto de resignacion y volvió a mirar por entre las barras de la persiana. Luego exclamó:

—Mira, mira, ¿no es Ramona esa mujer que se dirige hácia aquí? Si, sí, ella es: ¿qué despacio viene! ¿y que triste! ¡Dios mío! gritó asaltada por una idea repentina. . . . si fuera que no, no; Dios debe tener compasion de mí.

La jóven miró a su vez, y corrió a abrir la puerta de la casa, porque efectivamente era Ramona la que se acercaba con pensativo ademán a la habitacion de su señora.

—¡Ramona! exclamó la doncella mirándola con ojos suplicantes, ¿y Genaro?

—Allá, allá se quedó: yo he venido al momento, segun me mandó la señora.

—¿Y qué? dijo la madre saliendo con precipitacion del aposento, ¿qué ha habido? ¿qué es de mi hijo? ¡habla, habla, Ramona!

—¡Ah, señora! ¡No hay esperanza! Su hijo de V. salió. . . .

—Calla, calla, no me lo digas, no quiero oirlo, no, no. ¡Hijo de mis entrañas, hijo mio, hijo mio! repitió entrando corriendo en su dormitorio. Sentóse sollozando con angustia, y

reclinó la cabeza sobre la almohada. Entonces se acercaron a ella la jóven y Ramona, y llorando a su vez, intentaban mitigar el dolor de la pobre madre.

—Por Dios, mamá, no llore V. tanto, no se aflija V., porque entonces va a recaer de su enfermedad. Consuélese V., mamá, que aun puede haber remedio, aun puede quedarse con nosotras.

—¿Aun puede quedarse? dijo la señora con amargura, interrumpiéndose por los sollozos, ¿aun puede quedarse! no, no; el que le toca la suerte de ser soldado tiene que cumplir su destino, ò poner otro en su lugar, otro hombre que llene su hueco. ¡Ah! y no tengo dinero para librar a mi hijo, no tengo ni la décima parte de lo que se necesita para poner un hombre por él. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Era un cuadro que enternecía mirar a aquellas tres mugeres llorando sin consuelo, por una desgracia que de ningun modo podian remediar. La hermosa jóven tomó una mano de la señora y la besaba con cariño, mojándola con sus lágrimas, y a dos pasos de distancia de aquel grupo, Ramona se enjugaba los ojos con la punta de su delantal encarnado, y sollozaba con afliccion, contemplando a Calixta y Clementina.

A un mismo tiempo dejaron las tres de suspirar y escucharon con atencion. Un rumor como de gritos y cantares se acercaba a aquella casa, y cada vez se percibia mas próc-

simo. Calixta se levantò, lanzó un grito de angustia y cayó desvanecida en los brazos de su hija. Ramona corrió a la puerta de la casa, y vió acercarse hácia allí a todos los jóvenes del pueblo, cantando alegremente, y llevando en el centro a ocho de los mas robustos, entre los cuales estaba el triste Genaro, con la cabeza inclinada sobre el pecho y sin mirar a ninguno de los que cantaban y reian en rededor de él.

Ramona corrió al grupo de los jovenes y logró hacerles entender que su señora estaba enferma, y que les suplicaba no se acercasen mas a la casa, porque aquel ruido podia perjudicarla. A pesar del espíritu que en tales casos reina entre los mozos de las aldeas, las palabras de Ramona surtieron su efecto, porque cesaron en sus gritos y cantares, desviándose del camino de la casita. Calixta era querida y respetada de cuantos la conocian, porque su amabilidad, su belleza y su dulzura cautivaban todos los corazones.

Separóse Genaro del grupo de los jovenes y se dirigió con Ramona a la morada materna. Ya no era el hermoso niño de diez años que venia de la escuela con la cartera ò bolsa colgada y los ramos de flores para su madre y su hermana; era un arrogante mancebo de veinte años, con toda la hermosura de su madre, pero tambien con su carácter dulce y apacible, lo que si en Calixta era una ventaja, no favorecia tanto a Genaro, porque si a su ga-

llarda presencia hubiera unido un carácter varonil y resuelto sería mas a propósito para la carrera que el destino le señalaba, y no estaría, a la verdad, tan triste por haber sido elegido por la suerte para servir al rey y a la patria con las armas en la mano.

Dirigióse el mancebo en compañía de Ramona a la casa materna, y entrò en ella, siempre triste, siempre con la cabeza inclinada sobre el pecho. Calixta habia vuelto en sí, y lloraba con Clementina la suerte que le cupiera a su querido Genaro. Cuando el joven entró en el dormitorio de su madre, levantóse la desolada señora y le estrechó frenética sobre su corazón repetidas veces; luego cogió con sus dos manos la cabeza del mancebo y mirán lole con delicia, estampó sobre su rostro un solo beso, pero tierno, dulcísimo, un beso en que se revelaba todo el amor maternal que encerraba en su corazón aquella muger afligida. Genaro no pudo resistir mas y lloró tambien abrazando a su madre.

En los dias que se siguieron á aquel que tan aciágo habia sido para la desgraciada familia, la presencia de Genaro hacia cubrirse de lágrimas los ojos de Calixta y Clementina. La tranquilidad de los habitantes de la casita se habia alterado; la tristeza ocupó el lugar de la inocente alegría; la desolacion reinaba allí!

¡Ay! que la pobre madre no tenia dinero para poner otro hombre por sustituto de su Genaro, no tenia bienes de fortuna con que

poder librarle de semejante desgracia, con que retenerle a su lado, para ser feliz toda la vida. Entonces se acordó con amargura de sus antiguas riquezas, se acordó de cuando veinte años antes, el lujo la rodeaba por todas partes, en el momento de dar a luz a aquel hijo que estaba ahora próxima a perder, tal vez para siempre. Si alguno la hubiera dicho entonces que se habia de llegar a ver sin un poco de oro con que poder quedarse con su hijo en tan angustioso trance, se habria reido de tal profecia, porque la hubiera tomado como una chanza, dicha en medio de aquellos brillantes salones llenos con las personas mas notables de la ciudad.

¡Y era cierto! ¡era pobre, pobre de todo punto, la, en otro tiempo, rica heredera, la hija del fuerte comerciante Don Enrique V...! Era pobre, porque ni siquiera la pertenecía aquella casita que habitada. No tenia mas riquezas que su bastidor y sus dibujos, las flores de los pequeños jardines, y las gallinas y demás aves que corrian por el patio. ¡Ella! ¡La que tenia para su adorno brillantes de tanto valor como los de una princesa, la que muchas veces socorriera a una pobre familia con mas dinero del que ahora necesitaba para ser feliz! ¡Desventurada!

El dia tan temido, el dia de la separacion llegó. Genaro se despedia de su madre y de su hermana, porque era necesario partir a cumplir con su deber. Calixta, anegada en lá-

grimas, contemplaba a su hijo, al que debía ser su apoyo y consuelo, y allá, en su imaginación, figurábasele perdido para siempre. ¡Y no poder librarle! ¡No poder retenerle a su lado!

A la puerta de la casita estaban cuatro de los mozos mas robustos que habian caido soldados, y un hombre al parecer cabo, ó sargento; esperaban a Genaro y empezaban ya a impacientarse. El cabo ó sargento penetró en la casa, y sin detenerse se plantó en el dormitorio de Calixta.

—Vamos, gritó con voz nada cariñosa, mirando a Genaro; los demás están esperándote, y hora es ya de despachar. Bah, bah, menos lloramiqueos y acabemos.

Calixta le miró con estrañeza y miró luego a su hijo, a través de sus lágrimas.

—¡Genaro mio! exclamó volviéndole a abrazar, ¡querido hijo! ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio!

—No llore V., mamá, no llore V.: volveré pronto, para no separarnos nunca.

—¡Volver, Genaro, volver! ¿No sabes que se han de pasar muchos años antes que puedas volver? ¿No sabes que quizá la muerte se interpondrá entre tú y yo? ¿No sabes que acaso no nos volveremos a ver, hijo mio?

—¡Vamos! repitió enfadado el sarjento.

—No diga V. eso, mamá, decia Genaro; no diga V. eso ni llore V. así; Dios no consentirá que tal suceda, porque segun V. dice,

Dios es bueno y no quiere la infelicidad de los que le aman y son buenos tambien. Adios, mamá, adios; Clementina, hermana mia, adios.

—Adios, Genaro: escríbenos siempre, querido hermano, y no nos olvides nunca.

—Nunca, repitió el mancebo: jamás, jamás.

—Vamos, por todos los diablos, dijo el sargento irritado.

—¡Hijo de mis entrañas! ¡Hijo mio, Genaro mio! ¡Ah, ah! ¡Yo estoy loca! ¡Genaro, Genaro! repetía su madre abrazándole y sollozando con amargura.

—¡Mamá, mamá, adios! Adios, Clementina.

—¡Acabaremos? gritó el sargento acompañando esta exclamacion con una palabra llena de militar energía.

Pero la madre y los dos hijos estaban estrechamente abrazados, y lloraban los tres su desventura. El sargento fue a la puerta, mandó entrar a cuatro de los mas robustos mozos, y les ordenó con imperio que arrancasen al hijo de los brazos de la madre y de la hermana. Los nuevos soldados obedecieron a aquella orden, y Genaro fue separado de cuanto amaba en el mundo. Entonces su madre lanzó un grito de angustia, y cayó sin sentido en los brazos de Clementina, que estaba poco menos acongojada que ella.

Ramona corrió a abrazar por última vez a su querido Genaro, y con disimulo dejó caer

en el bolsillo de la chaqueta del mancebo sus ahorros de tantos años, porque le amaba con todo su corazón. ¡Los ahorros de la leal criada ascendían a cuatrocientos reales vellon, a veinte pesos, que no sintió perder considerando a quien se los daba; luego volvió cerca de su desmayada señora y de su señorita.....

Media hora después, Genaro dejó escapar un suspiro doloroso al salir de aquel pueblo tan amado, donde quedaban las prendas queridas de su corazón.....

Y durante tres años, el mancebo cumplió la promesa que había hecho a su madre y hermana de escribirlas con frecuencia, pero la guerra civil que se encendió en la Península española, le impidió en adelante ser tan puntual, porque no tenía tiempo para comer, y menos para poder escribir con sosiego á su familia.



IX.

TRES años lejos de las personas queridas, de los objetos de nuestro cariño, sin tener mas momentos de placer que aquellos en que se abren las cartas portadoras del amor de una madre y de una hermana, aquellos papeles donde se han trasmitido en mal formados renglones los sentimientos de infinita ternura que guardan para el ausente los corazones que ansian su vuelta, porque ven en ella su felicidad, su dicha futura, tres años pasados así, y luego verse privado hasta de escribir a lo que se ama, hasta de recibir sus cartas, porque el destino del soldado es obedecer ciegamente a su gefe, estar dispuesto siempre a correr donde le llamen las circunstancias y donde le ordenen sus superiores. Y las circunstancias y los superiores le llaman y le ordenan que salte sin cesar de montaña en montaña, de pueblo en pueblo, persiguiendo sin

descanso al enemigo, porque en una guerra civil el menor descuido es en extremo fatal, la mas pequeña falta de actividad acarrea una desgracia que llega a tener funestisimas consecuencias.

Y como Genaro era soldado de la reina Doña Isabel II, como defendia el trono de una niña inocente y la futura felicidad de la patria, no hallaba ni un momento desocupado para poder escribir a la pequeña aldea. No recibia cartas de su familia, no tenia aquellos momentos tan dulces en que besaba los amorosos escritos de Calixta y Clementina.

En la misma ansiedad vivian estas, sin recibir por espacio de ocho meses ni una sola carta de su querido, sin tener la mas pequeña noticia de su suerte. Por eso no se pasaba una noche sin que Calixta llorase al acostarse pensando en su hijo, que quizá en aquel momento dormia en el duro suelo sin mas colchon que la húmeda yerba, ó tal vez la nieve y el hielo, sin mas almohada que una piedra ó su mochila. Y angustiábase la pobre madre al reflexionar que tal vez dejaba de existir en aquel instante, que alguna bala en emiga llevaba la muerte a su corazon.

Un dia fué Ramona a la ciudad a vender las obras de Calixta y Clementina, pues la madre habia procurado enseñar a su hija cuantas habilidades poseia. Esperaban con impaciencia a la leal criada, porque tenian un presentimiento interior de que las traería al-

guna noticia de su Genaro, y asomábanse una y otra a la ventana y a la puerta, creyendo que así lograrían atraer mas pronto a la buena muger.

En una de las veces que Clementina se asomára a la ventana del cuarto de trabajo, lanzó un pequeño grito, y dirigiéndose a su madre:

—Mire V., mamá, la dijo señalando con el dedo por entre un grupo de rosales; ¿no es una camilla eso que traen los cuatro hombres que se dirigen hácia aquí?

—Sí, sí, una camilla, y la traen entre los dos hijos del alcalde, el hijo del molinero y su amigo Jorje. Es verdad, es una camilla, y dentro de ella un hombre, ¿qué será esto?

—¡Ah! Mire V., mire V., mamá; detrás viene Francisco trayendo de la brida un caballo negro. ¿Qué bonito es, mamá!

—Sí, es hermoso, dijo Calixta arrojando un suspiro tristísimo, porque la vista de aquel caballo la habia recordado otro igual que tenia su esposo en los dias de felicidad y de riqueza.

Efectivamente, cuatro hombres conducian un herido y sin conocimiento, a la linda y pintoresca casita, mientras que otro llevaba de la brida el caballo del que yacia en la camilla. Calixta y Clementina salieron a la puerta y preguntaron qué novedad era aquella, y por qué le traian allí.

—Señora, dijo el hijo mayor del alcalde,

hemos encontrado este cazador tendido a corta distancia de aquí; tiene una herida en la cabeza, y una pierna lastimada. En derredor del cuerpo había mucha sangre, y a corta distancia estaba inmóvil este caballo, que sin duda debe ser suyo. Yo le ví el primero, y avisé a mi hermano y a estos amigos para que llevásemos una camilla y lo tragéramos aquí, porque además de estar mas cerca, la señora Calixta y la señorita Clementina son muy caritativas y cuidarán bien a este hombre.

—Han hecho ustedes muy bien, dijo Calixta mirando al herido con compasion; entren ustedes y colóquenle en esa cama, procurando no lastimarle.

—Está sin conocimiento, señora, contestó el hijo menor del alcalde.

—Mamá, ¿por qué manda V. que le acuesten en esa cama? ¿No puede ponérsele otra? ¿Quiere V. ceder la suya a un desconocido y estar incómoda por él?

—¡Clementina! exclamó Calixta mirándola con severidad; no es esto lo que yo te he dicho repetidas veces, no, y extraño que mis palabras, que mis consejos se olviden tan pronto.

—¡Mamá! murmuró la jóven confusa y fijando la vista en el suelo.

Calixta se dirigió a los jovenes y les dijo: —En cuanto al caballo, siento no poder tenerle aquí, porque no hay donde, pero al enfermo, mi hija y yo sabremos cuidarle.

—Nosotros llevaremos a casa el caballo, contestó el hijo del alcalde. Si este cazador se restablece, se le devolveremos, y si no, se venderá para pagar los gastos que hiciera en su enfermedad.

—No quiera Dios que tal suceda, dijo Calixta con sencilla piedad.

—No lo quiera Dios, repitió Clementina, como si fuera el eco de su madre.

Saludaron los cinco jóvenes, y marcharon de la casita, llevándose el fogoso, brillante caballo negro.

Cuando las dos mugeres quedaron solas, olvidaron por un momento á Genaro y a Ramona para examinar al hombre que yacia tendido en el lecho de Calixta. Era un joven que representaba la misma edad que tenia el hermano de Clementina, y aunque no tan alto, no era menos gallardo que Genaro. Su vestido de cazador era de paño verde oscuro, con adornos de seda negra, y tenia en un dedo de la mano derecha un anillo con dos gruesos brillantes, que revelaba ser persona principal, lo que su rostro y sus vestidos daban a entender claramente.

Calixta y Clementina le limpiaron la sangre, le desnudaron, le hicieron mil remedios caseros y le metieron en el lecho. Luego le dieron a oler un espíritu, que para tales casos conservaba la buena madre, y mediante su virtud, el mancebo volvió en sí, y abrió los ojos para clavarlos con estrañeza, sobre cuanto

le rodeaba, y particularmente sobre aquellas dos hermosas mugeres, aunque de distintas edades, que veis tan cerca de él.

—¿Dónde estoy? dijo con voz débil.

—Chits, cálese V., le interrumpió Calixta; luego lo sabrá V. todo, en poniéndose bueno.

El mancebo la miró, se sonrió y cerró de nuevo los ojos. Poco despues dormia profundamente, y Calixta y su hija le miraban con interés porque su semblante hermoso y varonil las habia encantado.

Sonaron dos golpes a la puerta de la casita, y Clementina corrió a abrir.

—Es Ramona, mamá, Ramona.

—Chits, calla, no grites, que puedes despertar el enfermo.

—¿Enfermo! dijo la criada sorprendida.

—Si, ya te lo contaremos, pero, di, ¿traes algo de nuevo de la ciudad? ¿Tampoco ha habido carta?

—Si, señora, hay carta, la hay; tome V., dijo la criada sacando una del pecho: es la letra de Genaró.

—¡Hijo de mi vida! exclamó Calixta cogiendo la carta y abriendola con precipitacion. Cuando la hubo acabado de leer tenia los ojos bañados en lágrimas, y estaba pálida como un cadáver.

—¡A la América! exclamó sollozando, ha partido para la América, ¡el ingrato! sin decirme antes, sin considerar que este golpe

acabaría de completar mi desgracia.

—¿Qué dice V., mamá? ¿Genaro ha marchado para la América? ¿Ha abandonado la España sin venir a decirnos adios?

—Sí, ha tenido valor para ello, murmuró la desventurada madre. Toma la carta, añadió dándosela a Clementina.

—¡Pobre Genaro! murmuró Ramona: señorita, lea V. alto y oiremos todos.

Clementina lo hizo así, y leyó conmovida.

“Mamá: Despues de ocho meses de silencio por mi parte, y sin que durante ellos haya recibido carta de ustedes, vuelvo a tomar la pluma para participar a usted, a Clementina y a nuestra buena Ramona....

—¡Hijo mio! murmuró la criada enjugando sus lagrimas con el delantal.

Clementina siguió.

“....y á nuestra buena Ramona, una noticia que debe entristecerlas y alegrarlas al mismo tiempo, si lo reflexionan bien; y si he tomado esta resolucion, ha sido porque usted, querida mamá, ha de aprobarla cuande se pasen algunos dias, despues de la lectura de esta carta.

“Valor, mamá, valor. Cuando estos renglones sean regados por las lágrimas de V., su Genaro estará ya navegando para la América; sí, mamá: he solicitado y conseguido pasar a la Habana, y voy al nuevo mundo lleno de esperanzas para el porvenir. Es verdad que no soy mas que un pobre soldado, que no es

facil adelantar mucho en mi carrera, pero Dios tiene en su mano la suerte de las criaturas, y él puede hacer que Genaro sea rico para que su madre y su hermana sean felices.

“Escribo a V., mamá, un dia antes de embarcarme; estoy en Cadiz hace tres dias, y en este momento me hallo en el cuartel, pero mas feliz que lo he sido durante los ocho meses últimos, porque estoy escribiendo a usted, y porque tengo esperanzas de que este viage ha de hacer mi suerte futura. ¡Ojalá que sea así, querida mamá, ojalá que sea así para que V. y Clementina no carezcan de nada.

“Desde que abandoné a ustedes, ni un momento se han apartado de mi memoria ni de mi corazon. En medio de las faenas del cuartel, en lo mas reñido de una accion con los partidarios de D. Carlos, saltando por las montañas en su persecucion, atacándolos en sus fortalezas, ó desalojándolos de sus favorables posiciones al grito de “viva Isabel II,” siempre mi pensamiento estaba en ese pueblo, y temia la muerte tan solo porque me privaria de volver a abrazar a las que tanto amo.

“Ahora voy a atravesar el Océano sin saber cuando volveré a pisar el suelo querido de la patria, pero si vuelvo, será para nunca mas separarme de ella, para nunca mas dejar a mi madre y a mi hermana.

“Adios, mamá: adios, Clementina: adios, Ramona: escribanme ustedes a la Habana; escribanme a frecuentemente, y nunca

o'viden a su pobre soldado, como jamas olvidará a las que tanto ama su desventurado

GENARO."

Calixta tomó la carta de manos de su hija, la dobló llorando, y despues de haberla besado, fué a dejarla en su dormitorio.

Al pequeño ruido que hizo al entrar, olvidándose que estaba el enfermo en el cuarto, despertó este y la miró con sonrisa. Luego dijo con cariñosa espresion:

—¿Puedo hablar ya, señora? ¿Puedo preguntar a V. su nombre y el del ángel que antes estaba aquí con V?

—Yo lo diré pero no ahora, contestó Calixta con amabilidad; descanse V., y cuando ya esté restablecido de todo punto, que confio será pronto, sabrá V. a quien ha sido confiado.

—Diga V. mas bien a quien debo la vida.

—¡Silencio! Ya he dicho a V. que calle, dijo queriendo aparentar seriedad; aquí es V. el enfermo y yo el médico; de consiguiente debo ser obedecida.

—Y lo será usted, señor médico, contestó sonriendo el enfermo.

—Sea quien quiera, decia Ramona en voz baja a Clementina, que estaba con ella oyendo esta conversacion desde la puerta, el tal enfermo no parece nada tímido.

—Calle, usted, Ramona, que puede oirla.

Un momento despues el enfermo estaba solo en el dormitorio de Calixta, Ramona en la cocina, Clementina sentada delante del bastidor, y su madre llorando en silencio, mientras leia por tercera vez la carta de Genaro.

Durante cinco dias ningun acontecimiento particular tuvo lugar en la casita. La misma calma por sus alrededores, las mismas hermosas flores en los jardines y los mismos habitantes *plumiferos* en el patio. El enfermo mejoraba insensiblemente; las heridas de la cabeza se cicatrizaron, merced a los remedios que Calixta y Clementina le hicieran. Habianle las dos asistido durante aquella corta enfermedad con tal constancia y cuidado, con tanto cariño, como si fuera su hijo y hermano. Clementina hallaba un placer desconocido en estar al lado de aquel jóven, en mirar aquel rostro de tan varonil belleza, en contemplar aquellos ojos que continuamente se fijaban en ella con amor y agradecimiento. Clementina sentía cierto desasosiego interior, cierta dulce opresion que no podia explicarse en qué consistía.

Y era que Clementina amaba al incógnito! El sexto dia de su enfermedad, el cazador pudo dejar el lecho y la casita, y en compañía de Calixta y Clementina dió algunos paseos por los jardines, y los alrededores. Hasta entonces habia guardado silencio sobre lo que queria saber, pero no pudiendo dominar mas su curiosidad, repitió la pregunta que ha-

bia hecho anteriormente; quiso saber cuales eran los nombres de la madre y de la hija.

—Son nombres que pronto olvidará usted, dijo Clementina sonriendo con tristeza.

—¡Pronto! contestó el mancebo con energía; jamás, jamás se apartarán de mi memoria, así, añadió enternecido, como no se apartarán de mi corazón las personas que los llevan.

—Sí, prometer se promete mucho, dijo Calixta, pero cumplir....

—No se cumplirá nada, concluyó Clementina.

—Es V. muy injusta, dijo el gallardo joven con sentimiento.

—Puede ser, pero Clementina no quiere que usted lo crea así.

—¿Clementina? exclamó apretando ligeramente aquel brazo que descansaba en el suyo. ¿Clementina? es un nombre tan precioso como la que le lleva.

—¡Lisonjero! digeron a un mismo tiempo la madre y la hija.

No contestó el mancebo, porque un anciano se acercaba hácia ellos con intencion de saludarlos. Calixta y Clementina se sonrieron al verle, y correspondieron con amabilidad a las demostraciones amistosas que las hizo el buen hombre.

—Y diga usted, don Jaime, exclamó la linda doncella, ¿no sabe usted todavía nada de su hijo?

Miróla el anciano con tristeza, y pronunció con desconsuelo esta sola palabra:

— ¡Nada!

Calixta dirigió a su hija una mirada de reconvencion que advertida por don Jaime, cuyos ojos se humedecieron, dijo dirigiéndose a Calixta.

— Hace catorce años que no le veo, señora, catorce años que no sé qué es de mi Vicente. Yo no culpo a nadie, doña Calixta, pero si usted hubiera querido, él estaría a mi lado, él me cerraría los ojos en mi hora postrera, y ustedes serian mis hijos tambien.

— Era imposible, D. Jaime, contestó Calixta con dulzura; yo no podia acceder a semejante matrimonio, porque la memoria de mi esposo se interpondria entre su hijo de usted y yo. Por lo demás, D. Jaime, demasiado he sentido las consecuencias de mi negativa; créalo usted, mi buen amigo.

— Lo sé, doña Calixta, lo sé, dijo el anciano con resignacion; hágase en todo la voluntad de Dios.

Despidióse de los tres y siguió su camino, mientras los habitantes de la casita volvian a ella.

— ¡Oh! exclamó el incógnito, ya sé que se llaman ustedes Calixta y Clementina, ya lo sé, y juro que estos nombres serán mi delicia cuando haya abandonado estos sitios pintorescos; esos nombres ocuparán en mi corazon un lugar preferente.

—Yo desearia, dijo Calixta, que usted se acordase de mí como si fuera mi hijo.

—Y yo como si fuera mi hermano, añadió Clementina.

—Los deseos de usted serán satisfechos, señora; yo miraré desde hoy como a mi madre a doña Calixta.....

—Calixta V.... dijo ella.

—¡Calixta V....! exclamó el joven mirándola sorprendido. ¡Calixta V....! ¡Ah, señora, señora! ¿Es V. la hija del que un tiempo fué el rico comerciante D. Enrique V...?

—Sí, sí, exclamó enternecida al recordar los tristes acontecimientos pasados.

—Pues entonces, señora, es V. mi tia y Clementina mi prima, porque están ustedes viendo en mí al hijo único de D. Jacobo M....

—¡El hijo de Jacobo! ¿Es V. el hijo del primo de mi esposo? ¡Ah! sí, sí, tiene usted algo de su fisonomía, pero no se parece V. mucho. Es tu primo, Clementina tu primo, a quien debes abrazar.

La doncella cumplió la orden de su madre, pero se puso encendida como una amapola. El joven tembló de placer al estrechar entre sus brazos a tan preciosa criatura. Aquel instante decidió de su vida futura, porque los dos conocieron que se amaban con exceso.

Entraron en la casita y Calixta preguntó su nombre al gallardo mancebo.

—Me llamo Manuel, tia mia; ya vé V. que no es un nombre tan bonito y tan estraño como el de mi prima.

—Y está en la ciudad el padre de V., dijo Calixta con curiosidad.

—Mi padre murió hace diez años, tia, cuando yo no tenia mas que ocho; mi madre murió un año despues que su esposo.

—Es V. huérfano, dijo Clementina con acento compasivo.

—No, querida prima; desde hoy hé dejado de serlo, porque he encontrado una madre á quien amar.

—Y una hermana tambien; ¡es V. muy ingrato!

—¡Ingrato yo? No, no; no merezco ese nombre. Entre primos, dijo alegremente, el usted está demás; por tanto yo diré a mi prima: “Clementina, yo no quiero que tú seas mi hermana.”

—¡Ah! exclamó tristemente la doncella, mientras brillaba una lágrima en sus hermosos ojos.

—Pero quiero que me concedas la dicha de llamarte mi esposa.

—¡Ah! gritò otra vez la bella precipitándose gozosa en los brazos de su madre.

¡Y la lágrima que el dolor habia hecho brotar, y que suspendió la repentina alegría, cayó dulcemente en el pecho maternal!

Calixta estaba sorprendida de la rapidez con que aquellos sucesos se habian verificado,

y no podia atribuirlos a otra cosa que a la proteccion del Altísimo. Acordóse entonces de su hijo y suspiró, exclamando maquinalmente en voz alta.

¡—Oh! solamente falta aquí Genaro, para que mi felicidad fuera completa.

—Quién, ¿mi tío? dijo Manuel; es necesario olvidar a los muertos, tía; ellos están con Dios.

—No, contestó Clementina, es mi hermano Genaro.

—¿Tú hermano? ¿Tú tienes un hermano? ¿Y donde está? ¿Qué es de él?

—Ya estará en la América, dijo Calixta tristemente; marchó para la Habana, porque le tocó la suerte de ser soldado, y quiso pasar al nuevo mundo. ¡Ah! si ahora estuviera a mi lado, yo sería muy feliz.

—Tía, dijo Manuel, yo haré que mi primo vuelva pronto a España. El hermano de mi esposa no será un simple soldado, no; lo juro a fé de Manuel M....

Calixta y Clementina no contestaron mas que abrazándole.

Al saber Ramona el parentesco que unia al enfermo con sus señoras, las riquezas que tenia heredadas de sus padres, y que su señorita sería esposa del mancebo, hizo mil estremos de alegría,

Manuel contó á Calixta y Clementina que su padre D. Jacobo se habia casado en Madrid con una rica señorita, de cuyo matrimo-

nió no habia nacido mas hijo que él. Que solo una vez consiguieron de D. Jacobo que los llevase a ver su ciudad natal, y que durante el poco tiempo que estuvieron en ella notaban en su padre una tristeza extraordinaria, que huia el trato de las gentes que le conocian antes de casarse, antes que fuera a Madrid. Por un criado anciano, habia sabido la historia de D. Enrique V de su hija Calixta y del primo de su padre, y el mismo criado le habia dicho que la magnífica casa que habitaban D. Jacobo y su familia, era la que en otro tiempo pertenecia a D. Enrique V antes de las dos quiebras que tan fatales le habian sido. El anciano doméstico le habia enseñado el sitio donde estuvo la casa que se incendió, donde perdió Calixta un esposo, un padre querido y todos los restos de sus inmensas riquezas. Manuel las dijo que abandonaron pronto aquella ciudad a pesar de agradarles mucho a su madre y a él, pero que por amor a su padre la dejaron sin quejarse, porque conocian que sofria mucho viviendo en ella. Al volver a Madrid, habian encontrado en el camino un méndigo a la puerta de una posada, y que este conocia a su padre, sin duda, porque entró detrás de él, y delante de su esposa le dijo algo que Manuel no comprendió, pero que hizo arrojar un agudo grito a su madre, y una maldicion a D. Jacobo, quien al mismo tiempo amenazó al méndigo, dándole en seguida un bolsillo con dinero, y haciéndole señal de que callase. Siguiéron

Juego su camino a Madrid, y a poco de haber llegado dejó de existir D. Jacobo, víctima de la estraña tristeza que le consumia. Algun tiempo despues, su esposa le siguió al sepulcro y Manuel quedó huérfano.

—Entonces, continuó el mancebo dirigiéndose a Calixta, mi tutor me mandó a la ciudad donde habia nacido mi padre, y por volver a la cual tenia yo vivos deseos. He vivido en ella feliz, sin echar de menos la corte, hasta que recibí una carta en que me participaban que mi tutor estaba enfermo de peligro. Me puse en camino para Madrid y llegué a tiempo de hacerme cargo de mis bienes. Seis dias despues mi tutor habia muerto, y a los quince de tal pérdida, regresé a la ciudad que tanto amo. La caza era uno de mis placeres favoritos, y á este ejercicio debo mi futura felicidad, el encuentro de Vds. tia mia, prima Clementina, de mi bella esposa. Si mi caballo no me hubiera tirado, yo ignoraría la existencia de esta linda casita, ignoraría que vivian en el mundo las que tanto amo ahora. ¡Oh! yo le debo a Vds. la vida y la felicidad, yo bendigo a mi caballo.

Calixta y Clementina se reian escuchando á Manuel. El mancebo, que estaba dotado por la naturaleza de un carácter enérgico y bueno, buscó su caballo negro, y pasados algunos dias, cuando ya estaba enteramente restablecido, se despidió de la madre y la hija y desapareció prometiendo que pronto volvería.

A los cinco dias, un coche con cuatro mulas

atravesó la aldea y paró cerca de la casita: las gallinas, los polluelos, y las palomas del patio se espantaron y corrieron asustados por todas partes; los lugareños no sabían qué pensar de tal acontecimiento. Calixta y Clementina se asomaron a la ventana movidas de la curiosidad, y vieron que se abría la portezuela del carruage y salía de él, riendo alegremente, un joven vestido con elegancia.

— ¡Manuel! exclamaron a un tiempo la madre y la hija.

— El mismo, dijo él sin cesar de reír; ya queda todo corriente; vengan Vds. y mañana nos casamos, Clementina.

— ¡Loco! dijo Calixta con cariño; entra y hablaremos.

Manuel obedeció. La buena madre dijo que desearía avisar a su hijo antes que el casamiento se verificase, pero Manuel y Clementina la supieron convencer de que estaba muy lejos la Habana y que habría que esperar mucho tiempo. La buena madre no insistió más sobre esto, pero dijo que desearía se verificase la ceremonia en la aldea, y que pasados algunos días, los esposos irían a vivir a la ciudad, y ella se quedaría con Ramona en la linda casita.

— Eso es imposible, tía, de todo punto imposible, dijo Manuel con gravedad. Muy bueno que nos casemos aquí, ya que V. lo quiere, y que estemos ocho días, pero después, V. y Ramona vendrán con nosotros a la ciudad, a la antigua casa de V., tía.

Calixta tuvo que consentir en este arreglo.

Despidió Manuel el coche y mandó que le tra-
geran pasada una semana.

Dos días despues Manuel y Clementina fue-
ron casados por el cura de la aldea, con-
vidando a casi todos los lugareños, presidi-
dos por D. Jaime, el padre de Vicente. Hubo
danzas, dichos inocentes y sencilla alegría. A
la hora conveniente todos se retiraron, desean-
do felicidad a los recién casados.

Calixta condujo a Clementina a la alcoba
nupcial, que era su dormitorio, donde habia es-
tado enfermo Manuel. La abrazó enternecida
y la dió un beso en la frente. Luego salió, cer-
rando Manuel la puerta del dormitorio y la de
la ventana.

Calixta entró en el cuarto de trabajo, y en
el silencio de la noche, a pesar de lo cansada
que debia estar de resultas de la fiesta del día,
se puso a escribir a Genaro cuanto habia suce-
dido en aquella casa, y la variacion que se
obraba en su suerte. Concluía diciendo que
pronto confiaba abrazarle, segun la promesa
que la hiciera Manuel.

Al día siguiente, Ramona llevó a la ciudad
aquella carta.

Y pasados seis días, Manuel, Clementina,
Calixta y Ramona, volvieron a la ciudad que
tan tristes recuerdos traia a la memoria de las
dos últimas.

X.

LECTOR: ¿no conoces esa magnífica casa, ese balcon corrido, esos espaciosos salones? Mira, lector, ¿no ves ese aposento adornado con lujo, cuyos muebles a la última moda son de caoba, cuyas colgaduras son de raso azul turquí floreado de plata, sujetas con barras plateadas, cordones y borlas primorosamente trabajadas? Pues ese mismo aposento fué hace veinte y cuatro años la alcoba nupcial de Genaro y Calixta, ese mismo aposento adornado entonces con tanto lujo como ahora, fué donde el niño Genaro lanzó el primer grito al venir al mundo. Mira, lector, la puerta de cristales y la puerta de caoba; mira esa cortina de terciopelo carmesí con fleco de oro, que se ha mandado poner para recordar los tiempos pasados.

¿Y quién es ahora el dueño de ese aposento adornado con tanto lujo y tan a la moderna?

¿Quién manda ahora en esa estancia donde fué tan feliz la hermosísima hija del comerciante D. Enrique V....? ¿Quién?

El dueño de ese aposento, quien manda ahí con imperio absoluto es esa señora de cuarenta y cinco años de edad, que no representa mas que treinta, esa de bella fisonomía y mas bellos ojos, esa que está en un extremo de la estancia, arrimada a la chimenea francesa, vestida de merino verde, envuelta en un precioso pañolon de cachemira forrado de paño blanco, y cubierta la cabeza con un gorro de seda, primorosamente tegido. Esa es la que está poseionada del espacioso aposento, la que ha sonreído tristemente, y algunas veces ha derramado lágrimas involuntarias al entrar en él.

¿Y cual es su nombre? Calixta V...., la hija de D. Enrique, la viuda de Genaro, la madre de Clementina, la tia de Manuel M....

A este le debe el placer de habitar aquel aposento querido; a este le debe el lujo que la rodea y que la recuerda lo que jamás olvidó; a este le debe la felicidad de su hija y la suya propia, porque Manuel ha sido para ella lo mismo que si verdaderamente fuera su hijo.

Sentada está Calixta delante de la chimenea francesa, en la que brilla una buena lumbre, y a pesar de esto parece tener aun frio, porque de vez en cuando, se cubre con el pañolon de cachemira, Verdad es que la estacion es cruda en extremo, que el frio se deja sentir de veras, y que en los cristales hay algo que parece ro-

cio y no lo es, cuya vista hace tiritar, y no de miedo.

Sobre la chimenea hay dos cartas abiertas, y a los pies de la silla de Calixta están los fragmentos de otra.

Miraba distraidamente la hermosa señora el chisporroteo del fuego que habia en la chimenea, cuando volvió rápidamente la cabeza al ruido que sintió hacia la puerta. Alzóse la cortina de terciopelo, y entraron en la habitacion Manuel y Clementina, seguidos de la leal Ramona.

La hermosa jóven y la criada estaban vestidas, cada una en su clase, con el mismo lujo que Calixta, y en sus fisonomías se conocia que eran sumamente felices.

Sentáronse los esposos cerca de su madre, y por consiguiente cerca del fuego que habia en la chimenea.

—Hace frio de veras, dijo Clementina dirigiéndose a Manuel.

—Vaya si le hace, contestó el mancebo; para eso V. no debe sentirlo, ¿verdad, tia?

—No; esta habitacion está bastante abrigada, y luego con el fuego....

—Señora, dijo Ramona interrumpiéndola; ahí está un sacerdote que solicita hablar con V. ¿Le digo que entre?

—¿Un sacerdote! Sí, sí, que pase adelante. Salió Ramona, y dos minutos despues entró un ministro del Altísimo: era de edad avanzada y aspecto venerable. Calixta y Clemen-

tina se pusieron en pie al verle. Manuel le miró, le saludó ligeramente, pero permaneció sentado.

—Señora, dijo el anciano con voz grave y dirigiéndose a Calixta; acabo de asistir a un moribundo, y tengo que cumplir su última voluntad. Esta carta, añadió sacando una de entre sus ropas, se me ha entregado a la hora de la muerte para que la ponga en manos de V. Cumpló lo ofrecido, señora, pero cuando haya V. leído la revelación que encierra esa carta, acuérdesese V. de estas palabras de nuestra religión: “Dios manda que perdonemos a los que nos han ofendido: Dios dice: *perdona á tus enemigos, si quieres ser perdonado.*”

Acabó el anciano de pronunciar estas palabras, saludó con gravedad y salió del aposento. Los espectadores de tal escena se miraron sorprendidos.

Calixta volvió a ocupar su asiento y abriendo la gruesa carta, empezó a recorrer con la vista diferentes papeles que encerraba. Cuando los hubo leído todos, abrió el último que quedaba, y que notara estaba cuidadosamente cerrado con lacre verde. Empezó a leerle con indiferencia, pero de pronto se animaron sus ojos, se puso pálida y lanzó un grito doloroso, quedando como atontada.

—Mamá, gritó Clementina, ¿qué es eso? ¿qué tiene V? ¿Qué dice este papel? añadió cogiendo la carta misteriosa que había caído al suelo.

Calixta se precipitó sobre su hija, y arrancándola el papel, gritó como demente.

—No, no; damela, dámela: tú no debes saber nunca su fatal contenido.

—¿Pero qué dice esta carta, tia? dijo Manuel alargando la mano como pidiéndola para leerla.

—¿Esta carta? ¿Esta carta? No dice nada de particular, contestó Calixta, aparentando serenidad, y en prueba de ello, hijos míos, mirad.

Y con un movimiento rápido puso la mano sobre el fuego y dejó caer en él la carta misteriosa, que desapareció en el instante. Manuel y Clementina se miraron sorprendidos de tal acción. Cojió el primero algunos de los demas papeles que habia traído el sacerdote, los leyó y solamente encontró en ellos documentos que legitimaban el casamiento de Tomás Velazquez y Teresa Sarmiento, unidos en el año de 1814. Entonces atribuyó la agitacion de Calixta a los tristes recuerdos que habia traído a su imaginacion aquella fecha y aquellos papeles. No pensó mas en la carta que habia sido devorada por el fuego, y se mantuvo indiferente hasta que en union de Clementina salió del aposento de su tia.

Cuando Calixta se vió sola se abandonó al dolor, y sollozó profundamente, mirando al fuego de la chimenea.

—¡Oh! exclamó: ahí está bien guardado el secreto que turbaria la felicidad de mi Clemen-

tina si lo supiese; además, los hijos no tienen culpa de lo que hicieron los padres; Manuel ha remediado en lo posible el mal que hizo Jacobo ¡Oh! ¡el monstruo.....! ¡Teresa, Teresa. . . .!!

Suspiró de nuevo Calixta, pero enjugando despues sus lágrimas, dijo con resignación:

—Dios perdonó a sus enemigos, yo perdono a los míos; sí, perdono a Jacobo, Teresa y Tomás. Nadie sabrá sus crímenes, nadie mas que yo, y cuando descienda al sepulcro, este secreto morirá conmigo.

Interrumpióla de nuevo la entrada de Ramona con otra carta en la mano. Una alegría extraordinaria se notaba en el semblante de la criada, y antes de llegar donde estaba su señora besó muchas veces la carta de que era portadora.

—Es de Genaro, señora, de Genaro; me la acaba de dar Jorge, el portero, que la ha sacado del correo. Carta de la Habana, carta de la Habana.

Calixta arrebató aquella carta de manos de Ramona, la abrió temblando de alegría y antes de leer la fecha, la besó tres veces, con todo el cariño con que una madre besaría al hijo que volverá a ver despues de tantos años de ausencia.

—Sin duda me dirá que vuelve pronto exclamó cuando su emoción la permitió hablar. Veamos.

Y leyó en voz alta.

“Querida mamá: ¿Si supiera usted qué contento estoy? ¿Si supiera usted qué variación se ha obrado en mi posición? ¿Si supiera usted a quién se lo debo? Pero yo haré un esfuerzo y se lo contaré a usted todo, porque sino lo he hecho hasta ahora ha sido porque no quería afligirla a usted inútilmente, pues, aunque lo deseara, no estaba en manos de usted remediar mi situación. Ya no callaré nada, querida mamá.

“Siempre que usted me escribe repite que soy reservado y que no parece sino que escribo por cumplir. ¿Quería usted que la participase tristezas? ¿Quería usted que la afligiera con mis cartas? ¡Ah! mamá, esto no debía yo hacerlo porque la amo a usted mucho, mucho. Pero hoy que mi situación es distinta ya no daré lugar a que usted me reconvenga otra vez; lo contaré todo en adelante, porque nada quiere tener oculto para usted su Genaro.

“Empezaré, mamá, desde mi llegada a la Habana.

“A los pocos días de saltar en su muelle, era ya asistente del capitán de la compañía a que fui destinado. Estaba casado mi capitán con una señora habanera, joven aun, y bonita. Su presencia me recordaba a mi madre ausente, porque sus ojos eran tan hermosos como los de usted.

“Tenía mi capitán cuatro niños, que muchas veces venían a la puerta de la casa a ju-

gar conmigo, con el asistente de su padre, que al mismo tiempo era portero; corrían y saltaban por el zaguán, y venían a que les contara alguna cosa chistosa, que los hiciera reír. Yo accedía a sus deseos, y satisfacía sus exigencias con gusto, porque eran niños muy bellos y graciosos.

“Los días me parecían siglos: mi única ocupación era estar sentado, sin hacer nada, a la puerta de la casa. Daba vueltas en mi imaginación en que podría ocuparme que me produjera alguna utilidad, y por fin me determiné a hacer lo que mis compañeros, y a quienes sabía les iba bien con tal trabajo. Pedí permiso a mi capitán, compré un tablero y un poco de tabaco y me dediqué a hacer cigarrillos de papel.

“Un mes hacía que me ocupaba en semejante faena, cuando recibí la carta en que V. me incluía la relación de las desgracias sucedidas a mi familia, desgracias que yo no ignoraba de todo punto, porque Ramona me había contado parte de ellas. Pero al leerlas escritas por V., sentí oprimirse mi corazón, y no pude menos de comparar nuestra situación actual con la que en otros tiempos se hallaba mi familia. ¡El nieto de un rico comerciante, el hijo de V., mamá, de asistente de un capitán y haciendo cigarrillos a la puerta de la casa! ¡Y V. viviendo tantos años en una aldea, trabajando para sostenerse y sostenernos! ¡Ah, mamá! es V. muy buena, muy santa, y Dios de-

be bendecirla desde el cielo!

“Este manuscrito que me ha revelado hasta la mas mínima circunstancia de cuanto pertenece a mi familia, será conservado por mí hasta la muerte ó hasta que le deposite en manos de V., mamá, el dia que vuelva a verla, a estrecharla sobre mi corazon.

“Y seguía haciendo cigarros, que vendía a un amigo tratante en ellos. Mi capitán me distinguía en extremo, me hablaba con cariño, y mas bien que mi superior parecía mi igual.

“Un dia estando escribiendo a V., pasó a mi lado, y le llamó la atención mi forma de letra. No me dijo ni palabra, pero dos dias despues me llamó a su cuarto y me hizo copiar un libro que contenia pormenores del servicio. Yo lo extrañé, pero obedecí tal órden.

“¿Sabe V. cuál fué el resultado de todo esto, mamá? Que pasados ocho dias su hijo de V., en vez de estar de asistente y portero del capitán, estaba escribiendo en las oficinas del regimiento, apreciado de los gefes, y aun de sus compañeros.

“Notaba yo que siempre que el coronel pasaba a mi lado se me quedaba mirando con particular atención, como si mi fisonomía le recordara algun objeto doloroso, porque al momento veía ponerse triste su semblante y quedarse pensativo. A pesar de esto, jamás me había dirigido la palabra, jamás me había hecho pregunta alguna.

“Un dia me mandó a llamar con órden de

que fuera inmediatamente a su casa. Me presenté en su mismo aposento y quedé sorprendido al verle contemplando un retrato de V., querida mamá, de V., cuando tenía quince años menos que hoy. Me hice el desentendido, conservándome en respetuosa actitud, pero apenas me vió el coronel, cuando se levantó con rapidez y me abrazó fuertemente, como pudiera haber abrazado a un hijo a quien desde tiempos muy remotos no hubiese visto.

— ¡Señor! dije tartamudeando y mirándole fijamente.

— Genaro, Genaro, exclamó él; yo sabia tu nombre y tu apellido, yo habia sospechado la verdad, pero aun dudaba. Hoy ya no ignoro nada, hijo mio: lo sé todo y puedo abrazarte sin faltar a la disciplina, porque ya no eres soldado.

— Cómo . . . mi coronel . . .

— No me llames ya tu coronel; para el hijo de Calixta no quiero ser hoy mas que Vicente, su amigo Vicente, como en los dias de la aldea.

Aquí lanzó un suspiro doloroso, que juzgué se le arrancaba la memoria de V., mamá. Yo estaba como atardido, sin saber qué responder ni qué pensar de la revolucion que se habia obrado en mi suerte. Por fin exclamé conmovido.

— Mi coronel . . . Vd. es Vicente, el hijo de D. Jaime, el que . . .

— El que debió servirte de padre, Genaro,

el que hubiera sabido cumplir las veces de tal para contigo y Clementina. Pero el cielo no lo quiso así.

Me abrazó otra vez enternecido y noté que de sus ojos se había desprendido una gruesa lágrima que se perdió entre sus espesos bigotes. ¡Lloraba acordándose de usted, mamá!

Luego me repitió que había dejado de ser soldado. Yo no pude menos de darle las mas espresivas gracias por tantos favores, y ojalá esté en mi mano el pagárselos algun dia, sea del modo que quiera.

“No es esto solo lo que hizo por mí el hombre que quiso algun dia unir su suerte a la de V., mamá. Paso en juego todas sus relaciones y me buscó una buena colocacion en una de las casas de comercio mas fuertes de la Habana, donde estoy en la actualidad, ocupando asi un lugar en la sociedad mas análogo a mis pacíficas inclinaciones.

“Todos los dias visito a mi antiguo coronel, ó sea mi mas antiguo amigo Vicente, el hijo de D. Jaime, y todos los dias tiene algo de nuevo que preguntarme respecto de V., mamá. La ama a V. como cuando hace catorce años salió de la aldea, y me ha enseñado repetidas veces el retrato de Vd., hecho por él mismo, despues de estar en la América; está bien pintado y es de una semejanza perfecta.

“Una vez le pregunté si se casaría ahora

con V., y me contestó con tristeza que V. no le amaba, y que jamás lograría tanta dicha. ¿Qué dice V., mamá? ¿No es esto amar de veras? Si yo supiera que V. me quisiera dar una grande alegría, diría a V. "Mamá, yo la suplico a V. que escriba a mi coronel y le llame a su lado: yo suplico a V. que nos dé un padre a Clementina y a mí." ¿Diría V. que sí, mamá?

"Estando ya en mi nueva colocacion recibí la carta de V. en que me participaba los sucesos de la casita y la boda de Clementina y mi primo Manuel. Yo doy gracias a Dios, porque nos ha mirado con tanta bondad, pero a las cartas de V. y de mi primo solo contestaré que no debo volver a España, (ya que estoy aquí) a vivir a espensas de un pariente, por mas que sea el esposo de mi hermana, que en mi nueva colocacion estoy contento, y que es mejor dejar pasar algun tiempo, durante el cual pueda con mi trabajo adquirir una pequeña fortuna.

"Tengo un secreto que confiar á V., porque ya he dicho que en adelante no la ocultaré nada. Estoy enamorado, y, lo que es mas, enamorado sin esperanza. El principal de la casa de comercio donde estoy colocado tiene una hija tan hermosa como Clementina, y tan dulce, tan amable, como V.: se llama Clarita, y es seductora y pura como un ángel. La amo, querida mamá, la amo con todo mi corazon, pero ni se lo he dicho, ni se lo daré á

entender siquiera, porque ¿quien soy yo para ella? ¿Cómo habia yo, pobre dependiente, de atreverme a poner los ojos en la única heredera de mi principal? A usted sola confiaría mi secreto, porque tengo un consuelo en participar a V. cuanto me ocurre. Esta circunstancia me tiene algo triste, pero me distrae la amistad de mi coronel, y la continua lectura del manuscrito que V. me mandó. ¡Cuántas veces he pensado que si yo fuera tan rico como fueron mi padre y mi abuelo podría conseguir la mano de la que adoro! Pero esto es ya imposible, de todo punto imposible.

“Adios, mamá; nada la ha ocultado á usted su Genaro; no guarda ya ningun secreto para usted, y la cuenta todos sus placeres y sus penas.

“Escribo a Clementina y a Manuel, pero á pesar de esto, dígales usted que siempre los amaré, aunque no conoce al segundo. En cuanto a usted, querida mamá, siempre es suyo el corazón de su hijo

GENARO.”

Calixta se quedó pensativa después de leer esta carta. Luego, como si tomase una resolución, salió de aquella estancia seguida de Ramona, y se dirigió al aposento de sus hijos.

Doce días después había contestado a Genaro.

XL

PASARON cuatro meses y hacia ocho que Manuel y Clementina se habian unido para siempre, ocho que Calixta gozaba de las comodidades de la abundancia que la habia rodeado en sus primeros años, merced al casamiento de su hija.

Un dia, a las ocho de la mañana, salia la madre de Genaro y Clementina de una pequeña casa, modesta, pero bonita, en cuyas habitaciones no habia lujo ninguno, pero sí una limpieza estremada, y mucho tino en la colocacion de los muebles. Antes de llegar a la puerta de la calle, volviése Calixta para saludar a una muger como de cuarenta y ocho años que la seguia, y que no era otra que la leal Ramona, que no la habia abandonado ni un momento en los dias de la adversidad.

—Puede que yo vaya por allá a pasar quince dias, dijo la señora a la criada con ca-

riñ; puede que vaya, si es que me lo permite el estado de Clementina. Ya sabes que nunca he olvidado mi linda casita de la aldea.

—Lo sé; ¿pero tan adelantada está ya la señorita? contestó la buena mujer con cierta zozobra, ¡pobrecilla!

—Es verdad, murmuró Calixta, ¡pobre hija mía! Pero Dios hará que salga con felicidad, Ramona. Ya ves que somos viejas, añadió sonriendo; muy pronto seré abuela, y....

—Y yo creo que voy a ser madre, señora.

—Tú, exclamó la dama con alegría, ¿tú?... Te doy la enhorabuena, porque yo creía que....

—No tengo mas que cuarenta y ocho años, dijo interrumpiéndola

—Vaya, vaya, Ramona, que me parece que Jorge te ha hecho olvidar completamente a tu primer marido, ¿verdad?

—Es verdad, señora, contestó la criada sonriendo.

Luego dijo pensativa:

—¡Pobre Juan! ¡Dios le tenga en la gloria!

—Adios, adios, que voy a que escribir a Don Jaime; vete por casa antes de marchar a la aldea y te daré la carta para él; si no di a Jorge que vaya a buscarla.

—Mejor será, señora, porque yo tengo mucho que hacer.

—Bien: darás memorias mías a todos los amigos, y cuida mucho mis jardines, mis pollos y gallinas, y que esté siempre limpia mi

casita. La llamo mia, porque aunque la compró Manuel y yo te la di en dote cuando te casaste con Jorge, todavía la quiero, y todavía he de ir a pasar algunos buenos ratos a ella.

—Si pudiera V. conseguir que fuera allá la señorita antes del trance terrible....!

—Quién sabe.... puede que sea así.... veremos.... adios, que es tarde.

Salió a la calle, echóse el velo sobre el rostro, y se dirigió a su casa, a la casa de sus hijos. Subió la ancha escalera, recibiendo mil demostraciones de respeto de los criados y dependientes de Manuel, y penetró en su aposento, en los lugares de los recuerdos y de las sensaciones dolorosas. La chimenea francesa estaba sin fuego, porque la estacion no era la misma que cuando últimamente hallamos en ella a nuestra heroína, pero al acercarse Calixta a ella, notó una carta abultada, cerrada con lacre negro y dirigida a su nombre. Sobresaltóse al cogerla, la abrió sin titubear y leyó lo siguiente:

“Mamá, querida mamá, soy el mas feliz de los mortales, y no sé si podré resistir tanta alegría, tan infinita ventura. Todos mis deseos se cumplen, todos, hasta el mas pequeño. ¡Dios premia con mano pródiga todos nuestros sufrimientos! ¡El haga que en adelante seamos en la tierra tan dichosos, como pudiéramos ser en el cielo!

“Segun dije á V. por primera vez hace

seis meses, y segun he repetido en todas mis cartas, amaba a la hija de mi principal, y no podia vencer esta ardiente pasion por mas que conocia que jamás lograria el objeto de mi adoracion. Convencido de esto ocultaba cuidadosamente semejante sentimiento, a todos, mamá, hasta a mi muy querido amigo y protector Vicente, porque si se hubiera llegado a saber era inevitable mi salida de la casa, y no queria por ningun estilo perder aquella colocacion que me permitia estar tan cerca de la que amaba.

“Una noche, al acostarme, fui a buscar el manuscrito de la vida de V. para leerle segun costumbre, pero noté que no estaba donde yo le habia dejado. Me sobresalté en extremo y empecé a buscarle por mi aposento, sin lograr encontrarle, no sabiendo a qué atribuir su pérdida. Cansado de inútiles pesquisas, y fatigado, me quedé dormido, pero aun en sueños me perseguía la pérdida del querido manuscrito tan interesante para mí, mezclándose a esta idea la imágen seductora de Clarita, porque con aquel paquete tenia varias cartas en que la declaraba mi amor y las que nunca habia querido entregarla.

“Al dia siguiente pregunté a cuantos vivian en la casa si por casualidad habian visto un paquete atado con una cinta blanca, pero nadie me dió razon de él, hasta que un negrito me dijo que creia que tal paquete le tenia D. Ramon, mi principal, mamá, mi principal,

que a pesar de su carácter melancólico me había prodigado claras muestras del aprecio con que me distinguía. Yo no quise creer al negrito, no quise preguntar a D. Ramon por el manuscrito, y esperé a que alguna casualidad hiciera que volviese a mis manos.

“Pero se pasó mucho tiempo, y cuando yo no tenía esperanzas de recobrarle, volvió a mi poder, y con él la felicidad para toda mi vida.

“Estaba gravemente enfermo D. Ramon, y los médicos habían declarado que no tenían esperanza de salvarle, tanto por su ancianidad, como porque se había apoderado de él una tristeza, una melancolía extraordinaria que le llevaba al sepulcro. Necesario fue declarárselo para que hiciera todas sus disposiciones testamentarias, aunque se quería retardar tan triste noticia todo lo posible, al mismo tiempo que se le ocultaba a Clarita, su hermosa y afligida hija. Pero reducidos ya al último extremo, uno y otra supieron la triste verdad, manifestando D. Ramon que no le sorprendía, que estaba prevenido para recibir aquella noticia; no así su hija que prorrumpió en sollozos desgarradores para mi corazón.

“Hizo el anciano comerciante todas sus disposiciones, y esperaba la muerte con resignación.

“En una de aquellas noches me había acostado un momento, porque no me tocaba velar al enfermo, cuando me despertaron dos

golpes dados a la puerta de mi cuarto. Corrí a abrir temiendo una novedad desgraciada, pero me encontré con el cajero, que me dijo con gravedad: "D. Ramon llama a V., Genaro."

"Me vestí precipitadamente y fui a los aposentos del enfermo.

"Figúrese V. mi sorpresa, mamá, al encontrar en derredor de la cama del moribundo todos sus dependientes, su hija Clarita, mi amigo el coronel Vicente y dos ministros del Altísimo, adornado uno de ellos con vestiduras sacerdotales. Cerca del lecho de D. Ramon habia un altar con un crucifijo de oro y cuatro velas en candeleros de plata, lo que me llamó la atención.

"Cuando entré en el aposento saludé en silencio, y me aproximé al lecho del enfermo. D. Ramon al verme se sonrió ligeramente y me hizo señas de que le ayudase a sentarse en el lecho. Hicelo así y a una nueva señal suya, Clarita se acercó, arrodillándose ante su moribundo padre.

"Guardábamos todos un triste silencio, cuando resonó la voz seca de D. Ramon, que mirando con serenidad a cuantos le rodeaban, dijo con bastante firmeza:

—"Señores: Pronto habré dejado de existir, pero antes quiero que los que he amado en la tierra bendigan siempre mi nombre, porque me deberán toda la felicidad que está en mi mano concederles.

“Aquí hizo una pequeña pausa. Luego siguió:

—“Desde niño seguí la carrera del comercio, siempre con honradez, siempre llevando la frente levantada, porque nadie podía señalarme con el dedo, como a un mal hombre. Pero me casé, y a los gastos demasiado crecidos que hice en mi nuevo estado, se unieron pérdidas irreparables, pérdidas inmensas que me hicieron conocer el exceso de mi desgracia. Estaba arruinado, de todo punto arruinado. ¡Entonces dejé de ser hombre de bien! ¡Entonces fui huyendo a los Estados Unidos, llevándome riquezas que no eran mías, escapando con mi familia de la desgracia que tanto temía. . . .”

“Calló otra vez, y yo no pude menos de estremecerme al pensar si don Ramon seria el mismo comerciante que en la Habana se quedó con los caudales de mis abuelos. La fatigada voz del anciano me distrajo de tal pensamiento.

—“Desde aquella época no he tenido un solo momento de sincero placer. Perdí a mi esposa, perdí a todos mis hijos, a todos, menos a la mas pequeña de mis hijas, menos a tí, querida Clarita. Entonces me dediqué con ardor al comercio, para ver si podia lavar pronto la mancha que pesaba sobre mi nombre y volver honrado, aunque infeliz, a la ciudad que no debí haber abandonado nunca. ¡Dios quiso que tornase a adquirir las riquezas ne-

cesarias para pagar a cuantos debía, y lo hice así, porque deseaba mucho recobrar la tranquilidad de mi espíritu!

Pero por mas diligencias que hice, por mas que escribí a distintos corresponsales, nunca supe lo que habia sido de dos amigos, dos fuertes comerciantes que tenian en mi poder fondos de consideracion, en la época de mi desgracia. Unos me decian que habian perecido en un incendio; otros que no se sabia nada a punto fijo de su paradero, y en tal confusion no pude restituir lo que les pertenecia de derecho, quedándome con el remordimiento de que yo habia causado su desgracia.”

“Una tos seca interrumpió a don Ramon; Clarita lloraba escuchando a su padre: yo estaba tan pálido como el enfermo, porque sabia la verdad de lo que contaba aquel.

Sonó la voz mas débil.

—“Así he vivido veinte y seis años, siempre deseando hacer esta restitucion, siempre pidiéndole a Dios me proporcionase espiar mi falta. ¡Dios ha escuchado mis súplicas, porque ya he encontrado lo que con tanta ansia esperé!

“Los circunstantes se miraron sorprendidos.

—“Sí señores, prosiguió don Ramon, a una casualidad he debido el saberlo todo. Genaro, dijo dirigiéndose a mí, ¿conoce V. este manuscrito?

—“Sí, señor, contesté conmovido; es mio,

me pertenece; es la historia de mi familia escrita por mi madre.

—“Pues bien: yo he leído todo lo que hay aquí, Genaro, todo, repitió con intencion mirando a su hija. Esta lectura me ha proporcionado saber que V. es el nieto de D. Enrique V... y D. Julian M..., de los dos hombres que habian depositado en mí su confianza, porque no creian que jamás pudiera faltar a ella. Esta lectura me ha hecho tambien saber que V. ama a mi hija, Genaro, y me consta que a Clara no le es usted indiferente. Pues bien: yo no he querido dejar el mundo sin pagar mi antigua deuda, no he querido abandonar la tierra sin que quede en ella quien bendiga mi nombre. Acércate, hija mia; acérquese usted, Genaro. Señor, continuó dirigiéndose al sacerdote de las ropas sagradas, ya sabe usted mis intenciones, y para qué le he llamado: haga usted lo demás.

“Yo estaba como quien vé visiones, mamá: el sacerdote me dijo que don Ramon queria unirme para siempre a su hija antes de morir, si yo consentia gustoso, pues queria pagar de este modo lo que debía a mis abuelos. Temblando de alegría contesté que no anhelaba otra cosa que aquella union, y obedeciendo Clarita el mandamiento de su padre, se acercó al altar, y como si cuanto pasaba fuera un sueño, nos hallamos casados á tan abanzada hora de la noche, cerca del lecho de un moribundo, y teniendo por testigos a cuantos de-

pendian de D. Ramon, a mi segundo padre y al enfermo que contemplaba con lánguidos ojos la felicidad que se revelaba en mi semblante. Clarita seguia llorando, pero su padre la llamo a su lado y la empezó a consolar.

“Mandó el anciano que todos se retirasen, hasta su hija. Clarita obedeció pero antes de salir del aposento miró a su padre, con angustia y a mí con dolorosa ternura. Entonces conocí que era amado.

“El enfermo no murió aquella noche, ni al dia siguiente, pero a los cuatro de ser yo esposo de Clarita, descendió a la tumba, bendiciéndonos y llamándonos sus hijos.

“Pasados los primeros dias de tal pérdida, di gracias al cielo que por semejante medio me habia dado la felicidad que nunca creí lograr. Para completar mi dicha, recibí a poco tiempo la carta de usted, mamá, en que me dice que accede a mis deseos, esa carta que tanto ha contribuido a mi felicidad. Entregué inmediatamente la que usted escribió a mi amigo, a mi padre el coronel Vicente, y creí que le perdíamos para siempre, porque al leerla fué tan violenta la esplosion de su alegría, que cayó en mis brazos sin sentido. ¡Cuánto la ama a usted, mamá! ¡Cuánto nos ama a Clementina, a mi esposa y a mí! ¡Qué felices vamos a ser todos!

“Si, mamá, todos, porque Clarita consiente en dejar la Habana, la ciudad donde ha perdido al padre que tanto amaba; accede a mis deseos.

y viviremos todos en esa ciudad, sin que nos separemos ya nunca, porque mi coronel me ha dicho que pedirá el retiro, y que todo su anhelo le cifrará en obedecer la mas ligera insinuacion de su Calixta, y en amarnos como si fuera nuestro padre. Son sus mismas palabras, mamá.

“Le remito a usted una carta de Clarita y otra de mi coronel, que antes de entregármela la ha besado mil veces. Pasados dos ó tres meses, volveremos a abrazar a ustedes, y yo presentaré a usted una nueva hija, a Clementina y Manuel una hermana, y a la leal Ramona un objeto mas con quien repartir el cariño que me profesa, y en lo que es correspondida.

“Adios, mamá querida: Participe usted a don Jaime todas estas circunstancias, pero con precaucion, porque el gozo de volver a abrazar a su hijo le puede ser fatal, y es necesario evitar toda desgracia ahora que vamos a ser tan felices. Escribo tambien a Manuel, Clementina y Ramona, pero a usted sola le manda el corazon su

GENARO.

Cuando Calixta concluyó de leer esta carta, se puso a escribir otra dirigida a don Jaime, el padre del coronel Vicente, del hombre con quien, al fin, iba a unir su suerte. Cerróla, llamó a un criado, y mandó que la llevase a Ramona. Luego sacó de un elegante *secretai-*

re dos cartas, cojió la que acababa de leer, y salió del aposento, llevando las tres en la mano.

Estaban en el salon Manuel y Clementina cuando entró su madre un tanto turbada.

—Toma, le dijo a Manuel; lee y me disculpas: solamente el agradecimiento me hubiera hecho consentir en lo que verás en esas cartas. Pero amo mucho a mis hijos y les daré gusto en cuanto pueda; Genaro lo queria y era el único modo de pagar lo que debia a su coronel.

Manuel leyó. En tanto Calixta se acercó a Clementina y tembló involuntariamente al mirarla, porque su hija estaba en extremo pálida.

—¿Qué tienes? la dijo asustada.

—Nada, mamá, contestó sonriendo con dulzura; no sabe usted que

—¡Ah! sí, sí, pero no tengas cuidado ninguno: Dios nos protegerá.

Manuel concluyó de leer y se acercó á su esposa y a su tia.

—Tome usted, dijo dirigiéndose á esta y dándola las cartas; ha hecho usted lo que debia, y Genaro tiene razon. Mucho deseo conocer a mi primo, ó mejor dicho, a mi hermano, pero tambien deseo dar un fuerte abrazo a ese hombre escelente, origen de la ventura del que le llama padre. Ha hecho usted muy bien, tia.

—¿Qué es? dijo Clementina con curiosidad.

—Que tu madre se casa con Vicente, el hijo de don Jaime el de la aldea, contestó Calixta sonriendo.

—¿De veras, mamá? ¡Ah! ¡Qué placer! ¡Gustavo se pondrá tan contento! ¡Y el coronel? ¡Y don Jaime? ¡Oh, mamá, mamá!

—Toma, dijo Calixta; en esa carta verás que tu hermano se ha casado también y que pronto le abrazaremos: lee, lee.

Clementina obedeció.

—En manos de Dios está nuestra dicha, exclamó luego. El Cielo los traiga pronto a nuestros brazos, y haga que yo sea madre con felicidad.

Manuel se acercó a su esposa y la besó en la frente; Calixta sonrió contemplando aquella escena.



—Tu eres también mi hija, decía Calixta a sus hermanas, ven a quien abrazaba con amor, ya no nos separaremos nunca, nunca, y se desbordó la felicidad de mi Gemelo.

Calixta y Gemelo se abrazaban, se besaban, como si fueran amigos antiguos. Gemelo se acordó a su vez a lo dulce que le parecía el otro viajero, pero luego, tendiéndole la mano le dijo sonriendo:

—Sera usted mi esposa, ya que eres usted

HABIAN pasado seis meses, cuando cierta mañana saltaron desde una lancha al muelle, varias personas de ambos sexos, vestidas unas con mucho lujo y elegancia, y otras con lujo también, pero como de viaje. Las primeras eran muy conocidas en la ciudad: las segundas nadie sabía quienes fuesen.

Dirigiéronse a la magnífica casa de Manuel, y al subir la ancha escalera, el más joven de los dos hombres que venían vestidos como de viaje lanzó un grito y se precipitó con los brazos abiertos sobre una bella señora que le estrechó con delirio contra su corazón.

Eran una madre y su hijo: Calixta y Gemelo.

El otro viajero miraba a la señora y temblaba de gozo. Subieron, por fin, al salón principal, y entre lágrimas y sollozos de alegría, entre multiplicados abrazos, la madre contempla-

ba a sus hijos: los hijos acariciaban a su madre.

—Tú eres también mi hija, decía Calixta a una hermosa joven a quien abrazaba con amor; ya no nos separaremos nunca, nunca, y te deberé la felicidad de mi Genaro.

Clarita y Clementina se abrazaban, se besaban, como si fueran amigas antiguas. Genaro se acercó a su madre y la llevó dulcemente delante del otro viajero de mas edad. Calixta se turbó un tanto, pero luego, tendiéndole la mano le dijo sonriendo.

—Será usted mi esposo, ya que cree usted que yo puedo hacerle aun feliz. ¡Ojalá que no venga luego el arrepentimiento.

—Jamás, jamás, exclamó el coronel Vicente besando aquella mano con amor y galanteria.

A este tiempo entró en la sala una joven que tenia en sus brazos un hermoso niño de tres meses, a lo mas. Clementina corrió a él, le cojió, le hizo mil caricias, le besó con delirio y presentándosele á Clarita la dijo.

—Es mi hijo, mi querido hijo: mírale que hermoso, hermana mia; se llama Ramon, como tu padre, querida. Quise que se llamara así para darte gusto.

Al recuerdo de su padre, Clarita se entristeció, pero pronto desapareció aquella nubesilla.

Pasados diez dias que los viajeros habian llegado de la Habana, cuando dispusie-

ron su viaje a visitar la casita de la aldea. Durante el camino, Genaro y Vicente recordaron mil circunstancias que les hacian desear llegar pronto al pueblo querido.

Llegaron por fin.

Allí se renovaron escenas sumamente tiernas entre Genaro y Ramona, Vicente y don Jaime, reconviendo este a aquel porque le habia ocultado tantos dias su llegada a la ciudad. Pero la inmensa alegría, la felicidad que disfrutaba, hizo que todo fuera perdonado.

Clarita y Clementina, Manuel y Genaro corrian juntos los lugares que a todos interesaban por distintas razones. Vicente y Calixta salian muy poco, porque en la soledad gozaban mas: la madre de Genaro amaba ya de veras al hijo de don Jaime: del agradecimiento al amor, es muy corta la distancia.

Dos meses estuvieron en la casita; luego toda la familia pasó a la ciudad, donde vivieron todos en la magnífica casa que fué de don Enrique, que ahora pertenecia a Manuel.

Vicente y Calixta se habian casado en la aldea.

Era el juéves santo de 1836, y subian la espaciosa escalera que conducia a la gran puerta de la catedral tres caballeros que llevaban del brazo cada uno a una señora. Eran estas Calixta, Clarita y Clementina: aquellos, Vicente, Genaro y Manuel.

Calixta vestia rico traje de terciopelo negro, y cubria su hermosa cabeza un velo de encaje, negro tambien, sugeto con una piocha de brillantes.

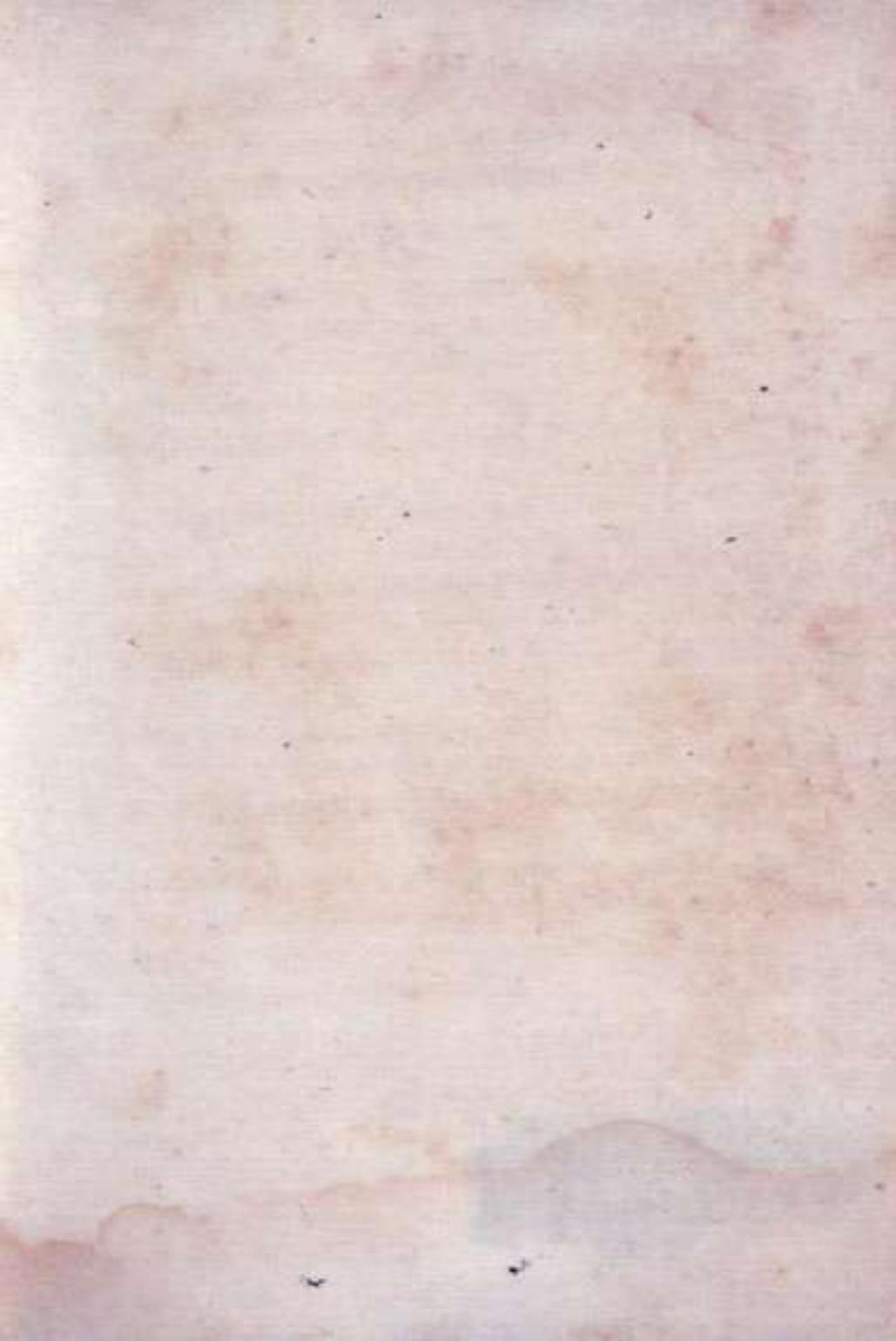
Los vestidos de Clarita y Clementina eran de terciopelo morado, con una sola guarnicion de bionda blanca, de media vara de ancha; en la cabeza llevaban velos blancos de blonda, prendidos con piochas de brillantes, iguales a las de su madre. Los esposos iban vestidos con igual lujo y elegancia, y los seis llamaban la atencion de cuantos entraban y salian en el templo.

Detrás de ellos se veian la niñera de Manuel y la buena Ramona, cada una con una criatura en los brazos, adornadas de flores, encajes y oro.

Al entrar los tres matrimonios por la puerta grande de la Catedral, los dos niños, como si se hubieran avisado, empezaron a l orar a duo. Volvieronse rápidamente hácia las niñeras, Clarita y Clementina, y las dieron órden para que se volvieran á casa con los niños.

Obedecieron Ramona y su compañera, y damas y caballeros penetraron en el templo.

FIN.



UNIVERSIDAD DE CADIZ



3740344558

